



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 11.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bailly-Baillière, plaza del Príncipe Alfonso.

HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.

PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Trage-funda de raso negro.—Esclavina-manteleta para señora de edad.—Paletot de paño negro.—Chaqueta ajustada para señora y señoritas.—Chaleco respunteado para caballero.—Blusa para niño de 5 á 7 años.—Botín para señora.—Zagalejo de franela para niña.—Botín para niño.—Babadero con cinturón.—Tirantes de chaleco para jovencito.—Berta con cabos.—Corpiño montante.—Corpiño-péplum.—Chaqueta para jovencito.—Corpiño montante para niña.—Capuchón con collar.—Gorra para viaje.—Cuellos y puños.—Cuatro vestidos para muñecas.—Grabado de modas.—Proverbios ejemplares.—Tu ventana.—Un clavo saca otro clavo.—Mi anillo.—El canto de los Helenos.—Explicación del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

Trage-funda de raso negro.

VESTIDO PARA TEATRO.

Este trage, de escote cuadrado, va adornado de arriba abajo con gruesos botones de pasamanería negros; los contornos se orlan con un galon de cuentas, también negro, que tenga 4 centímetros de ancho, guarnecido por un lado con cuentas gruesas redondas negras, y por el otro con cascabelillos de azabache.—Camiseta montante bullonada de gasa lisa blanca ó tul blanco, con entredoses puestos sobre una cinta de terciopelo negro; esta camiseta se hace también con frecuencia de tul y entredoses negros.—Mangas largas iguales á la camiseta. Sombreros de encage negro con flores de terciopelo púrpura. La manga, de la edad media, es de raso negro, y se forra de raso blanco.

Este trage puede hacerse de cualquier tela de seda, del color que se quiera, y lo mismo sirve para teatro que para convite.

Paletot de paño negro.

Los contornos de este paletot se orlan con una tira de gro negro de un cent. de ancho poco mas ó menos, sobre la que corre una costura respunteada, hecha con seda negra. Se podría aumentar la elegancia de este objeto haciéndolo de paño-terciopelo blanco, orlado de tafetan azul y con una costura respunteada de seda azul. En este caso, los botones serán blancos de nácar,—en el primer caso, estos botones han de ser negros, de gutapercha ó madera.

Esclavina-manteleta para señora de edad.

Se hace de cachemira color castaño, se algodón si lo exige la temperatura, se forra y se guarnece con un rizado recortado de tafetan, que tenga 3 cents. de ancho. El rizado se pone sobre los contornos, y se cose con una tira estrecha de tafetan negro, cortada al sesgo, que cubre las costuras de

silla, hechos de cordón elástico. El contorno se orla con un galon negro, que sirve al mismo tiempo de jareta, por la que se pasa un cordón elástico de 20 cents. de largo. Se fijan los botones y los ojales, luego la tira de astracán en el borde inferior y en los dos lados de la costura de detrás. Por debajo se pone una tira de charol de 6 cents. de ancho y 7 de largo por detrás y 9 de largo por delante.

la tela, del algodónado y del forro. Por delante se ponen corchetes.

Chaqueta ajustada para señora y señorita.

Esta chaqueta está hecha de terciopelo inglés azul, y forrada de tafetan blanco. Ningun inconveniente hay en suprimir el forro, haciéndola de paño en vez de terciopelo. Un cordón grueso torcido, del color mismo de la chaqueta, orla sus contornos.—Los botones son blancos, de nácar. La manga se guarnece siguiendo las indicaciones del dibujo.

Chaleco respunteado para caballero.

Nuestro modelo es de gró negro, forrado de franela encarnada, y respunteado á rombos con seda negra ó encarnada. Los botones, negros y planos, son de gutapercha.

Blusa para niño de 5 á 7 años.

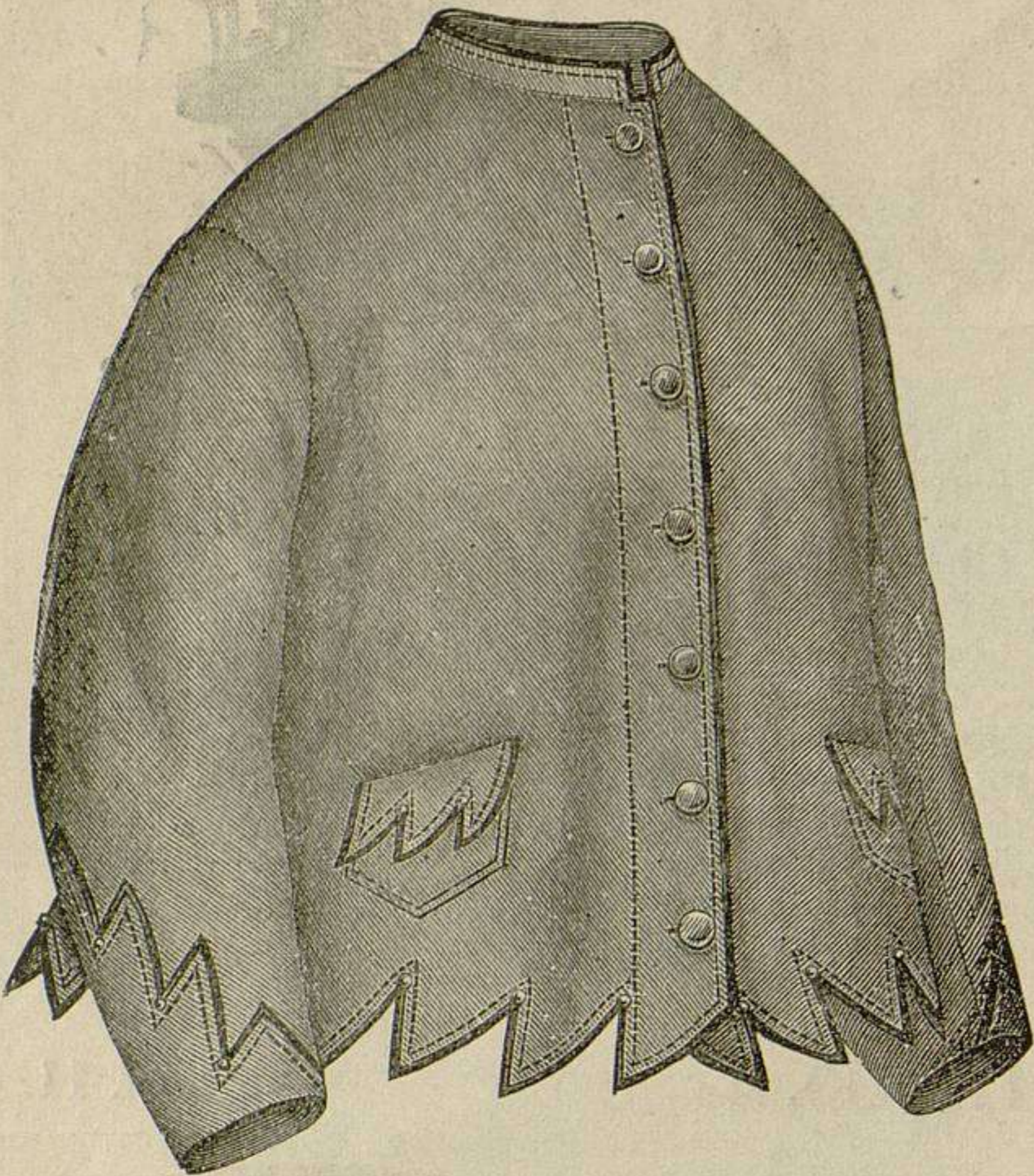
Este modelo está hecho de tartan escocés, á cuadros negros, azules y verdes, forrado de percalina gris; un galon negro de lana forma el ribete de la blusa; botones negros, planos, de madera, la cierran por delante, y sirven de adorno á las mangas. El cinturón es de correa.

Botín para señora.

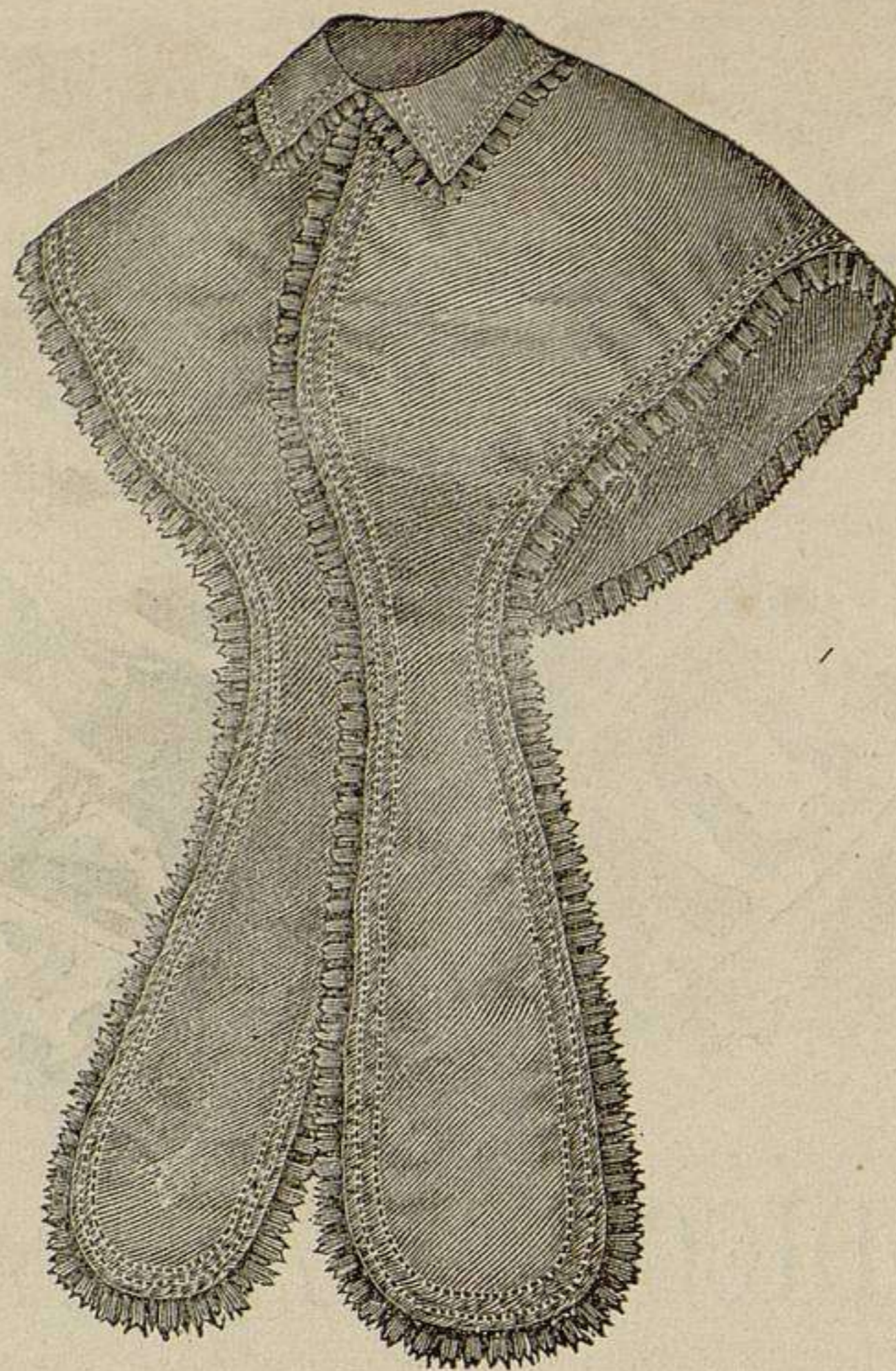
Este botín, que cubre la rodilla, es de paño negro ligero, y se guarnece con una tira de astracán. Se le cierra con botones negros pequeños y ojales de pre-



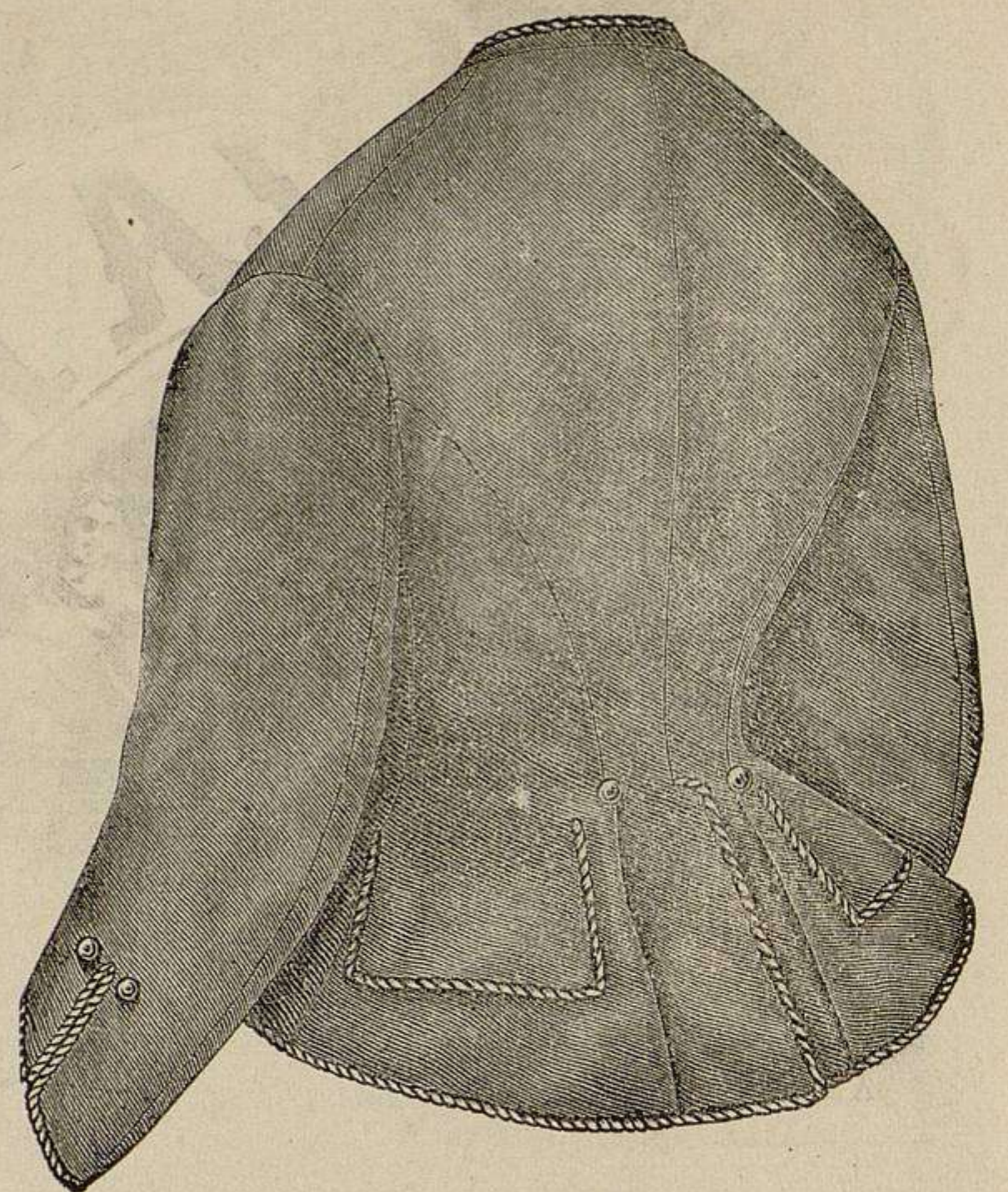
TRAGE-FUNDA DE RASO NEGRO. VESTIDO PARA TEATRO.



PALETOT DE PAÑO.



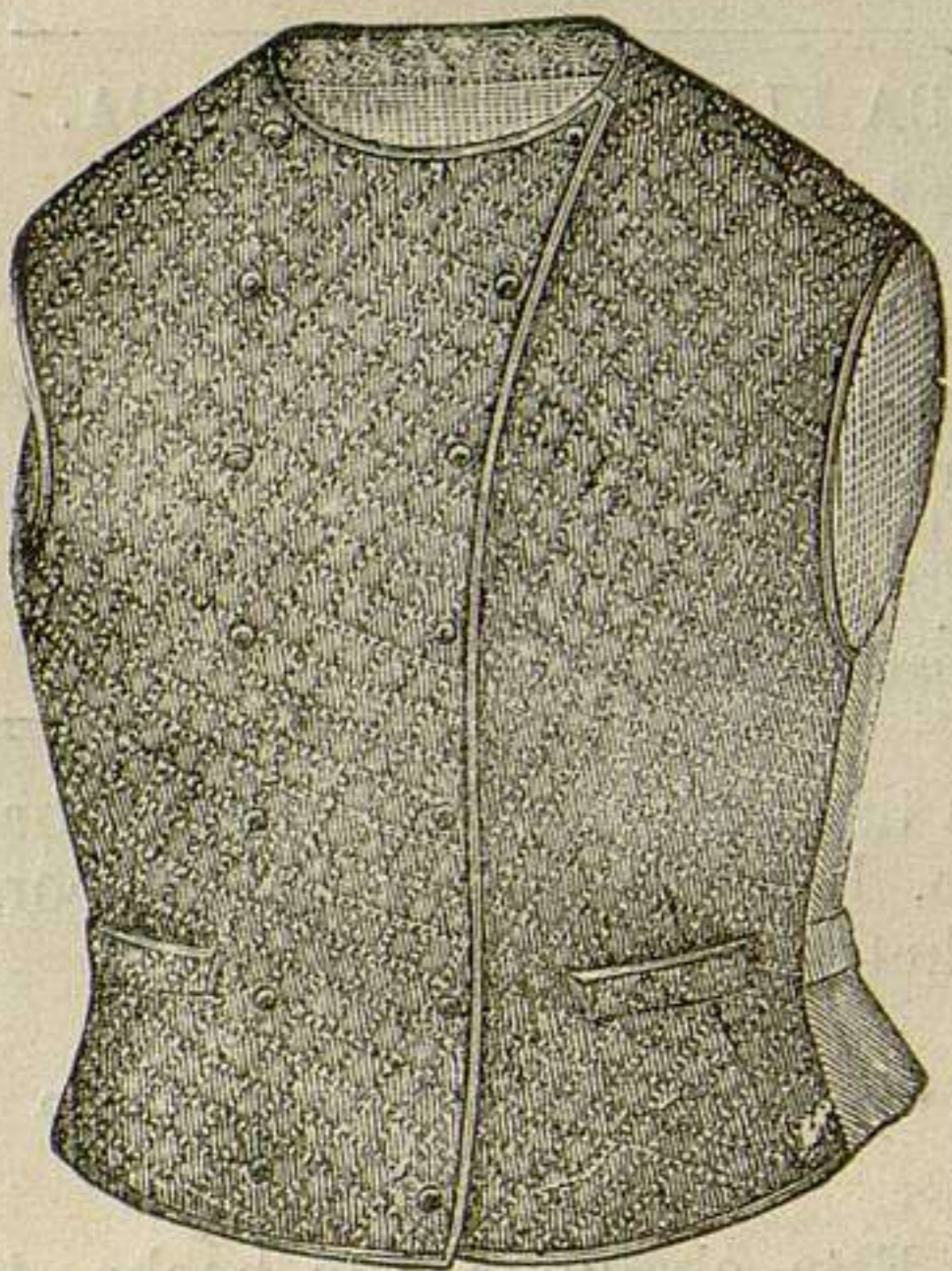
ESCLAVINA-MANTELETA PARA SEÑORA DE EDAD.



CHAQUETA AJUSTADA PARA SEÑORA Ó SEÑORITA.

Zagalejo de franela para niña de 1 á 3 años.

El corpiño de este zagalejo casi hace las veces de pequeño corsé. — Las dos mitades de la espalda terminan ámbas en presillas; la derecha pasa por la abertura de la de la izquierda, luego se atan uno con otro por delante los cordones que van cosidos áaquellas. Este modelo, hecho de franela blanca, lleva por adorno un *punto de espina*, ejecutado con lana encarnada. La enagua tiene 1 metro y 20 cents. de ancho, por 35 de cents. de alto, y a-



CHALECO PESPUNTEADO PARA CABALLERO.

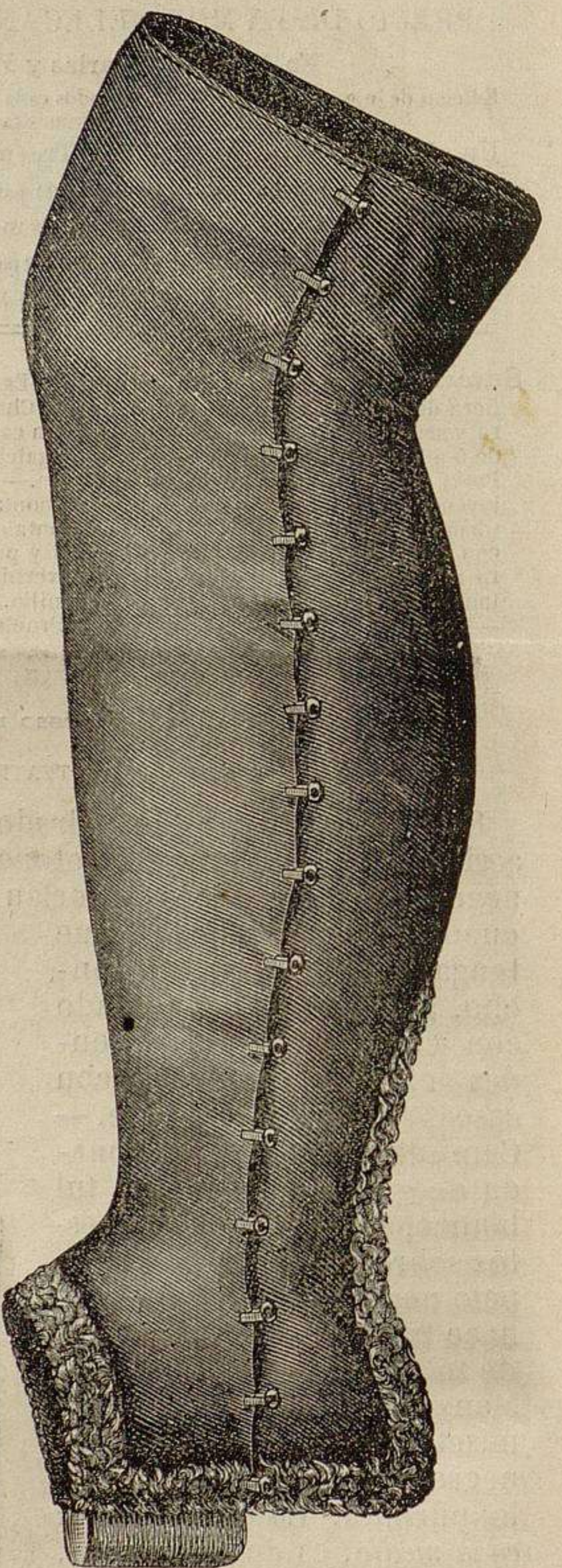


BLUSA PARA NIÑO DE 5 A 7 AÑOS.

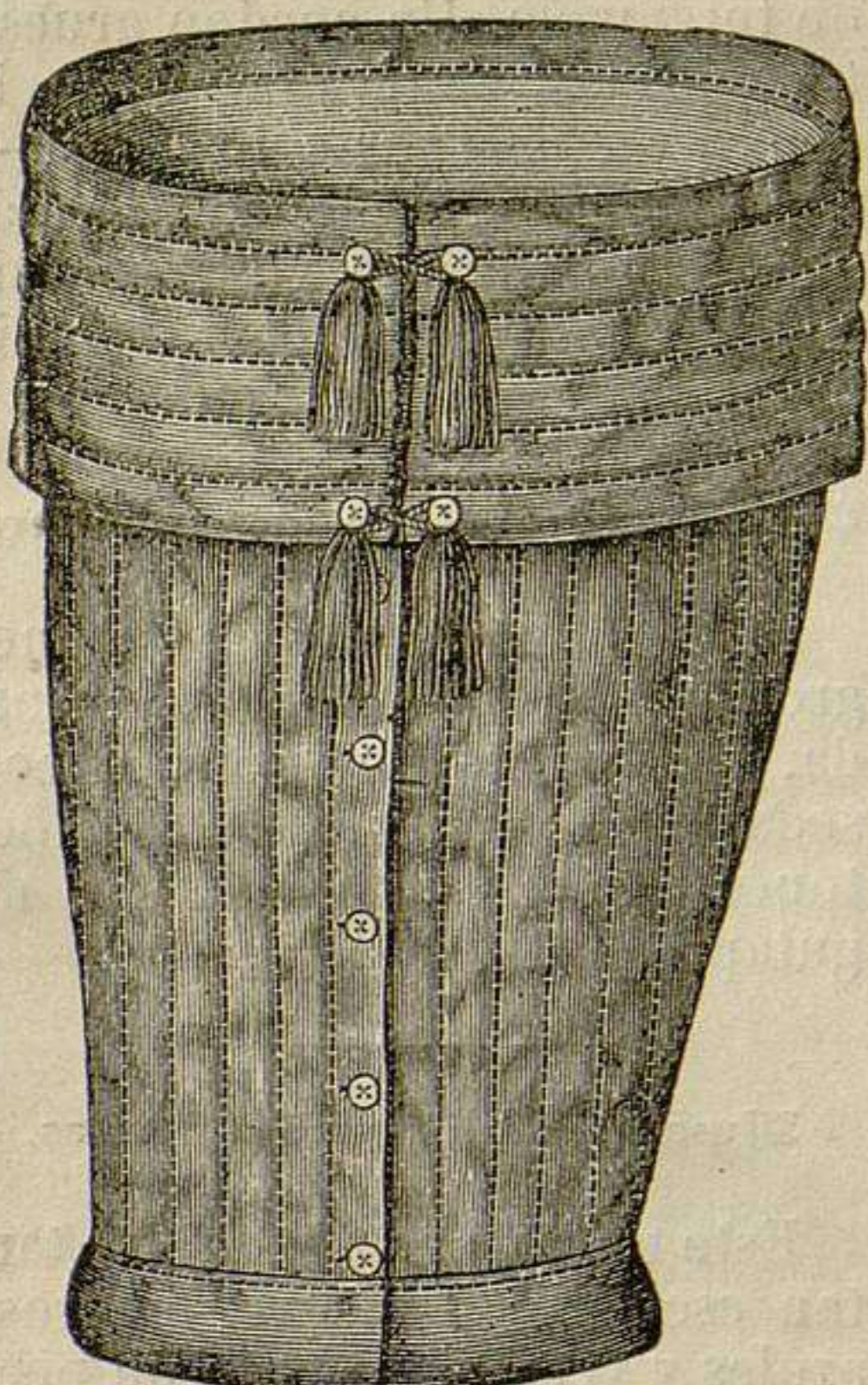
tones se reuneu por medio de ojales-presillas de seda gris, que terminan por borlas. El borde inferior se guarnece con una tira de cachemira, forrada, cortada al sesgo, que tenga 4 cents. de ancho.

Babadero con cinturon para niño ó niña.

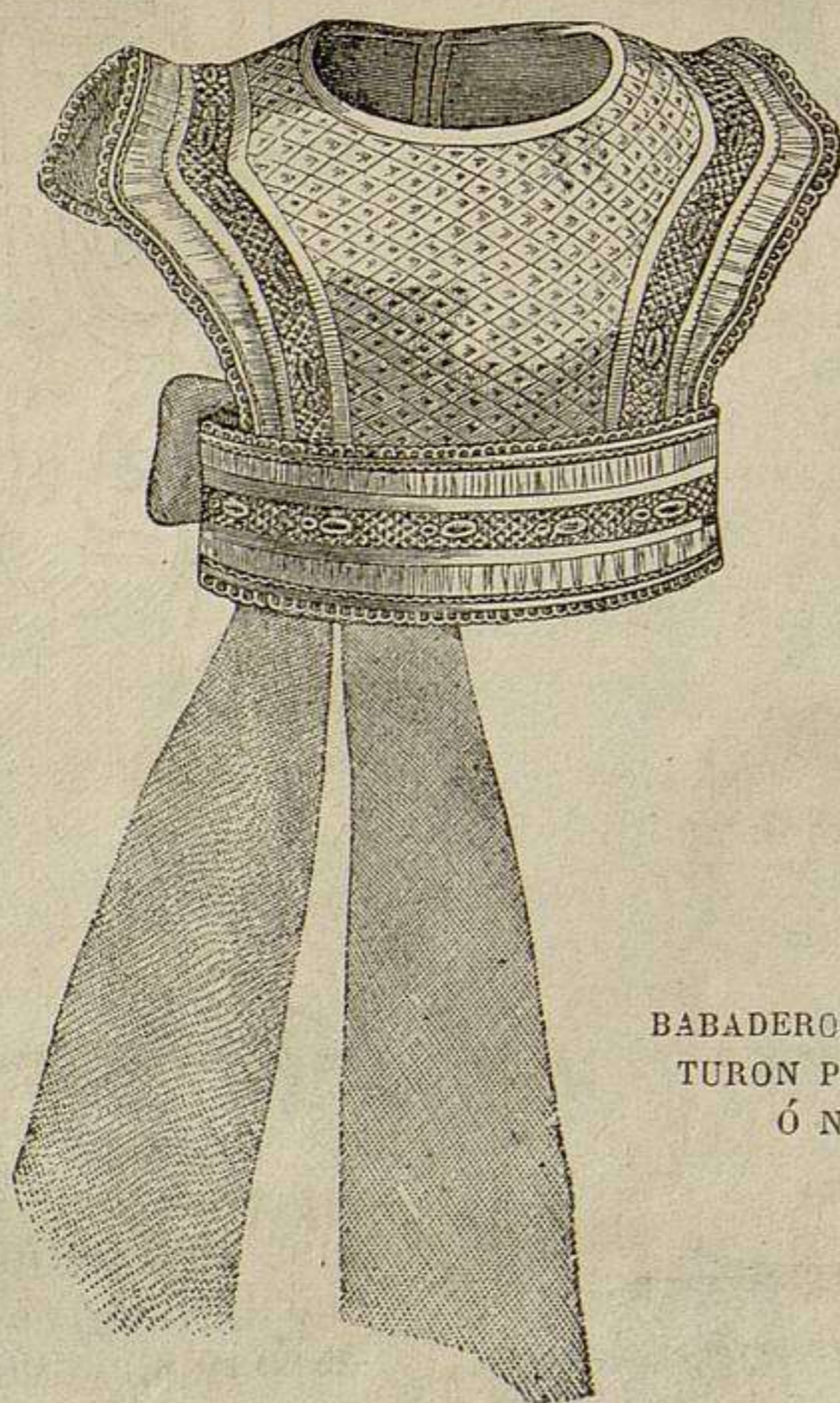
El babadero es de piqué blanco, guarnecido con un entredos de guipur, que tenga 2 cents. de ancho, y una tira de muselina de cent. y medio, orlada por un dobladillo calado y de *frivolité*. Se orlan los con-



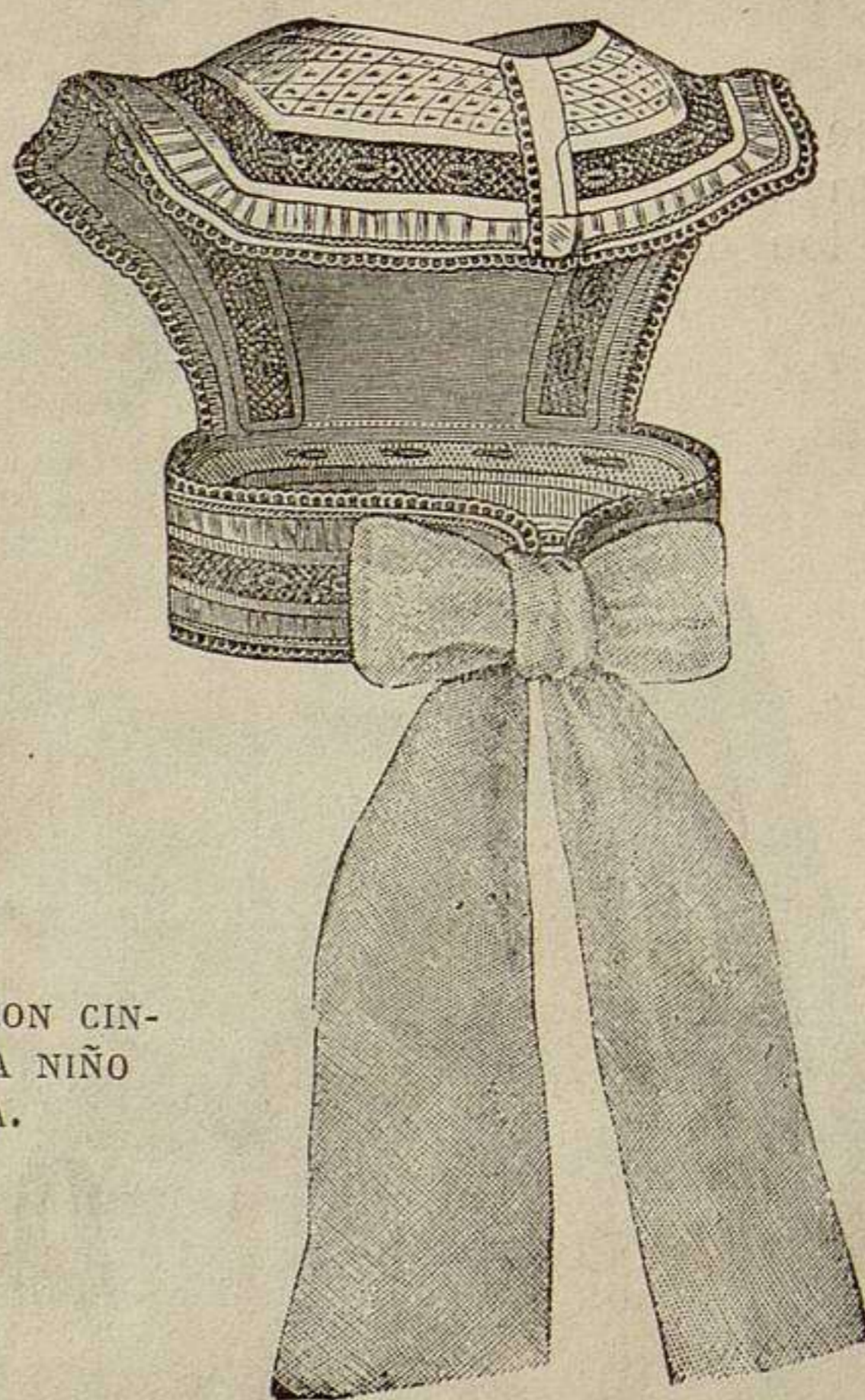
BOTIN PARA SEÑORA.



BOTIN PARA NIÑO DE 5 A 7 AÑOS.



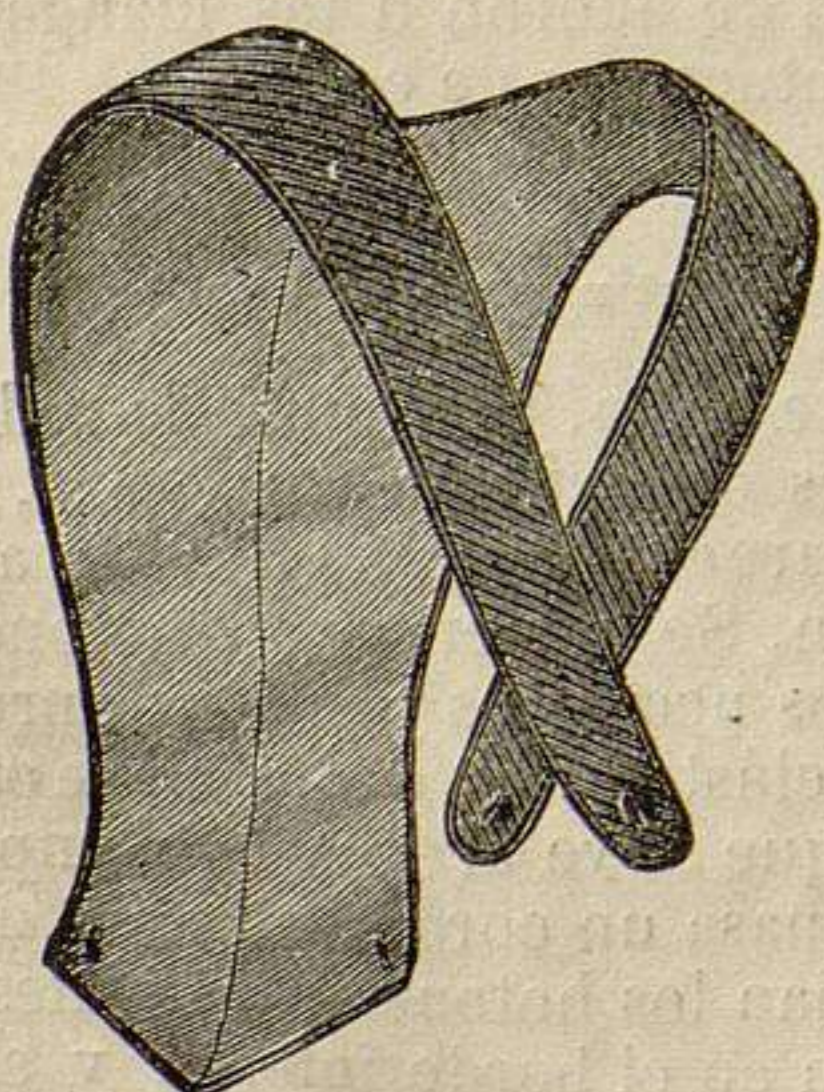
BABADEROS CON CINTURON PARA NIÑO Ó NIÑA.



demás un dobladillo de 6 centímetros y medio, vuelto hácia afuera y fijado por *puntos de espina*. Este mismo punto forma el adorno del corpiño. Los cordones en que terminan las presillas tienen 34 cents. de largo, y son de lana.

Botin para niño de 5 á 7 años.

Se hace de cachemira gris hierro, forrado de percalina gris; no hay inconveniente en que se haga de paño. Se pespuntea el botin con seda negra y se le ponen botones negros ó blancos de nácar. En la vuelta que forma campana los bo-

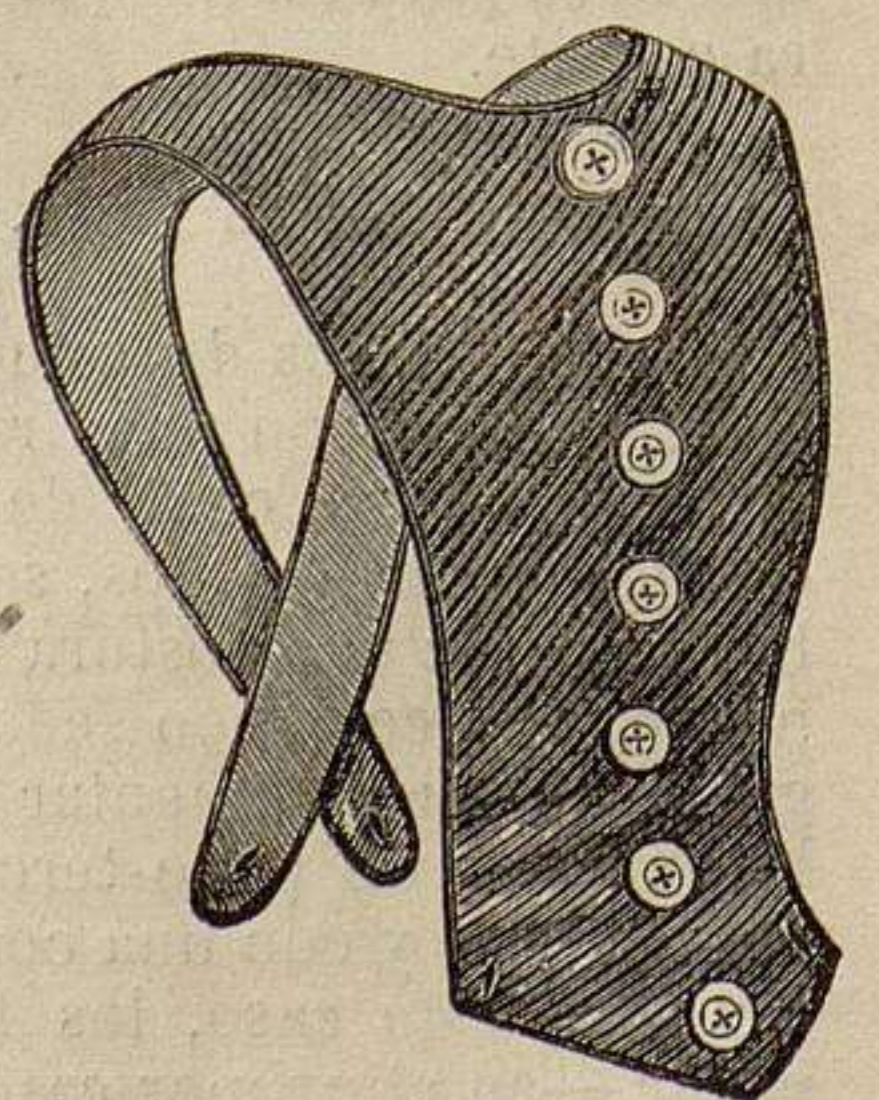


TIRANTES PARA CHALECO (VISTO POR DETRAS).

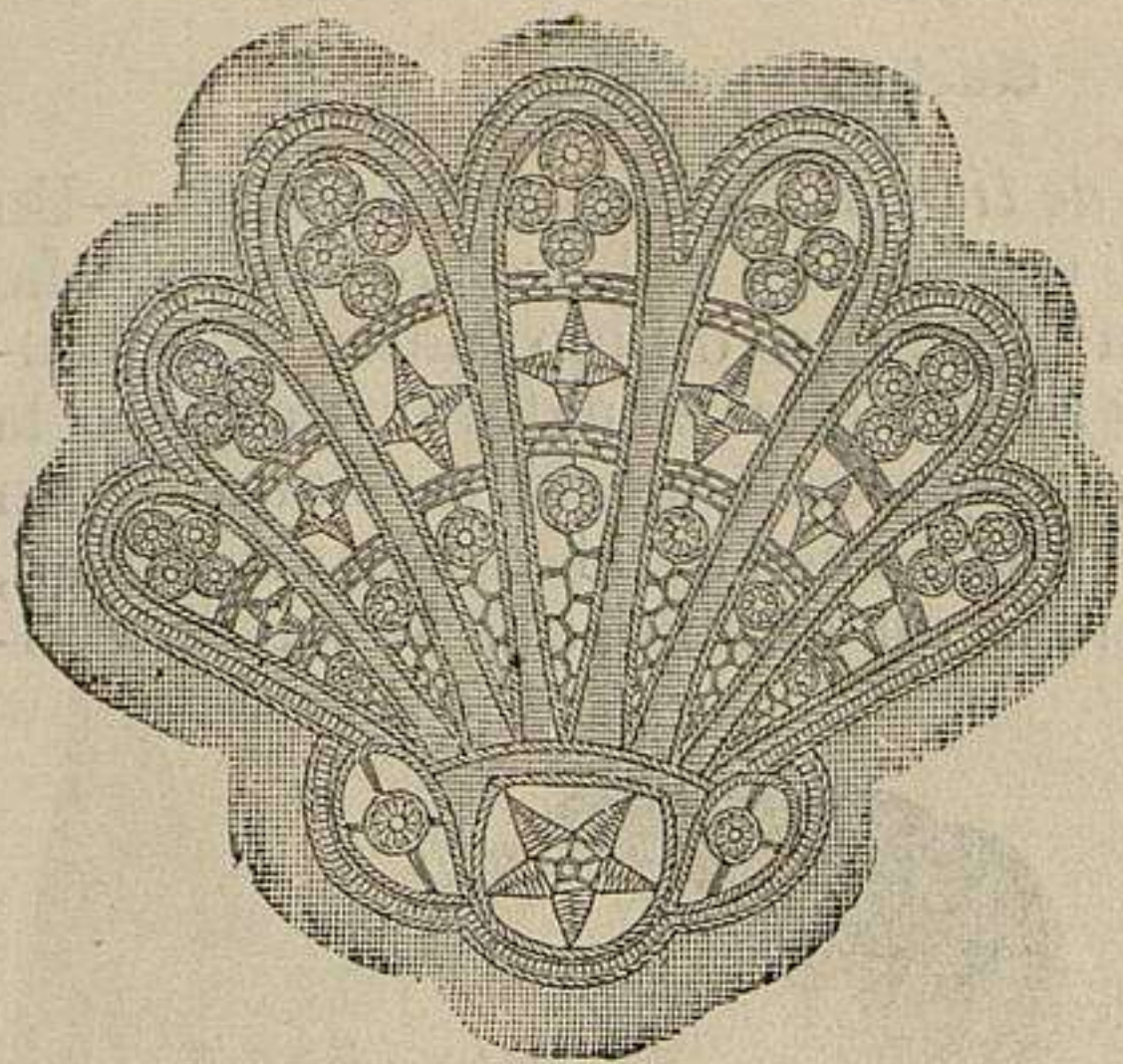


ZAGALEJO DE FRANELA PARA NIÑA DE 1 A 3 AÑOS.

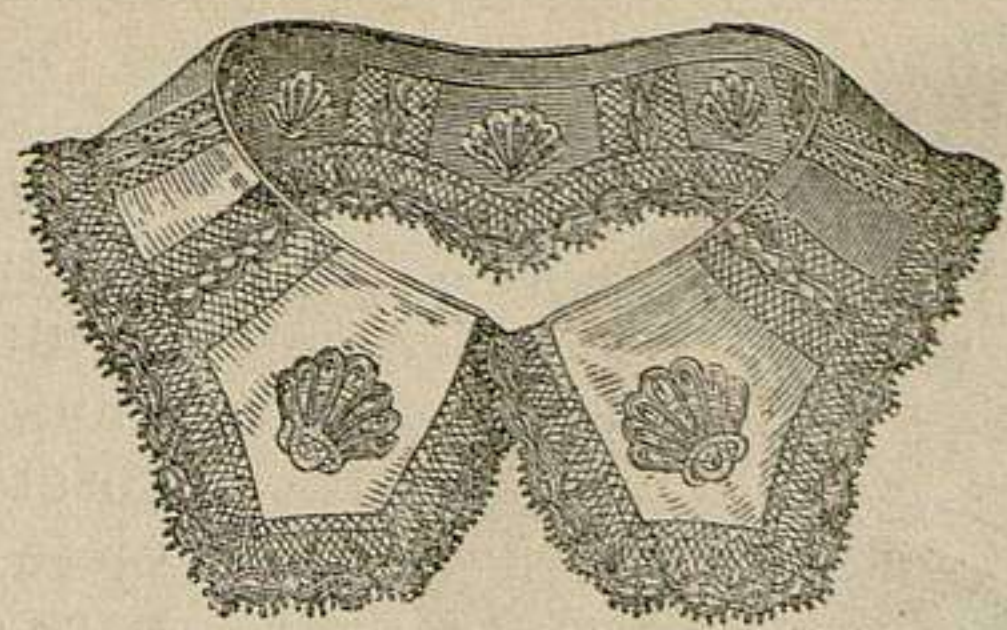
tornos del babadero (excepto su borde inferior) con una tira de muselina, luego con el entredos; este á su vez está orlado con una tira de muselina á la que se cose la guarnicion arriba indicada, la cual se pliega un poco en sus esquinas, mientras se la *sostiene* solamente en las demás partes; por detrás se ponen botones pequeños, y se hacen ojales. — El cinturon se forma con un entredos de 47 cents. de largo, rodeado por una tira de muselina, luego por la guarnicion, á los lados transversales del cinturon se cosen dos cabos de muselina, cada uno de 35 cents. de largo y 6 de ancho.



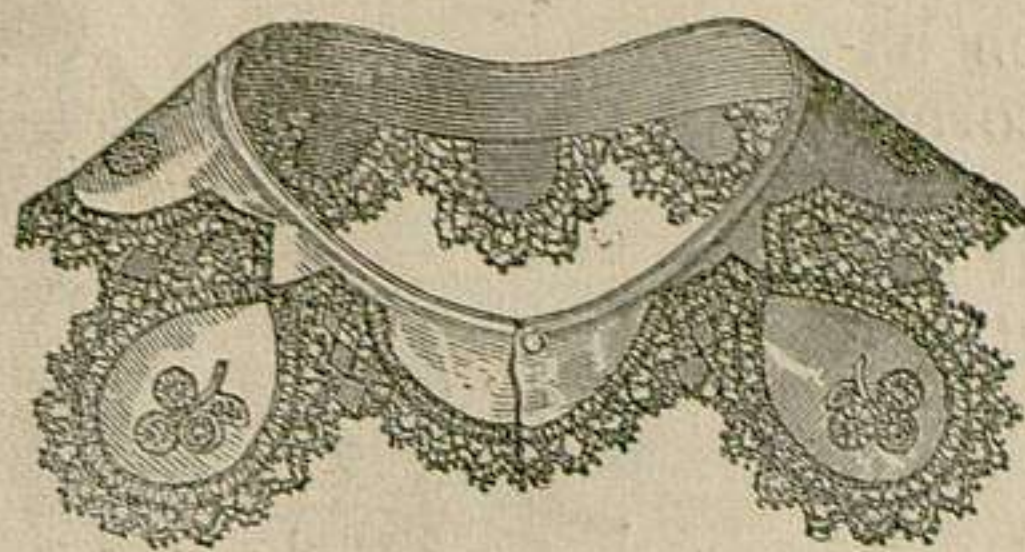
TIRANTES PARA CHALECO (VISTOS POR DELANTE).



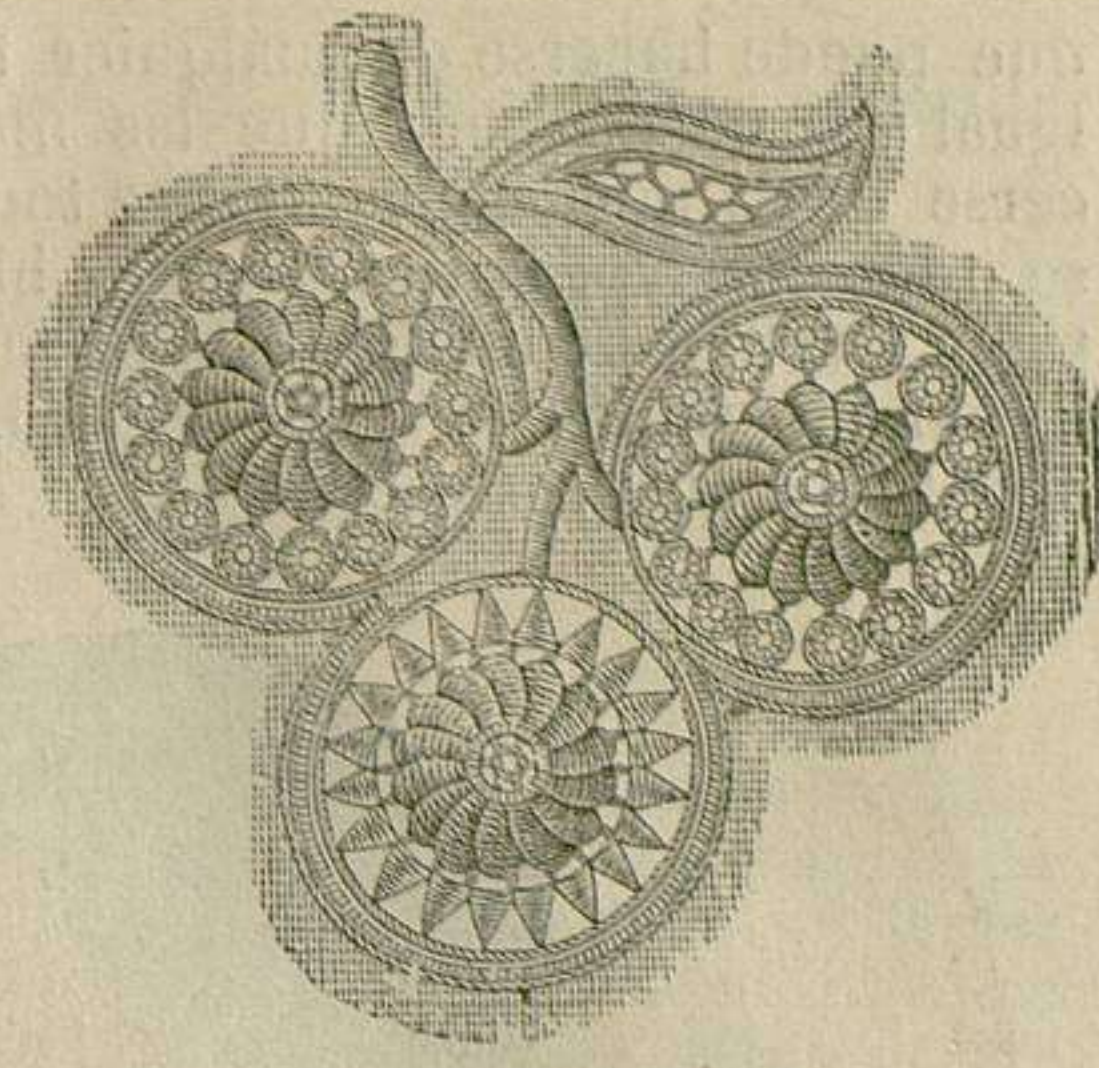
CONCHA DEL CUELLO DE LIENZO (TAMÑO NATURAL).



CUELLO Y PUÑO DE LIENZO CON ENTREDOSES DE ENCASTE Y RICO BORDADO.



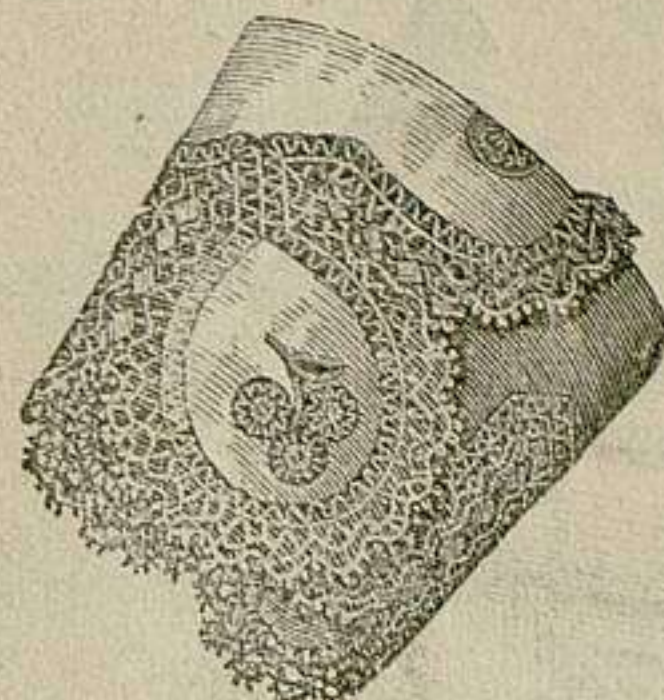
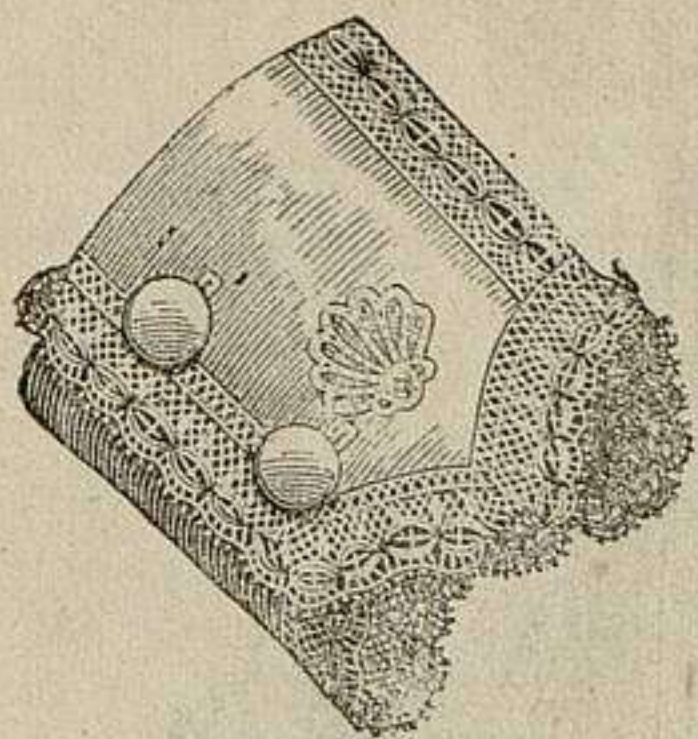
CUELLO Y PUÑO DE LIENZO CON GUIPUR Y RICO BORDADO.



BORDADO DEL CUELLO.

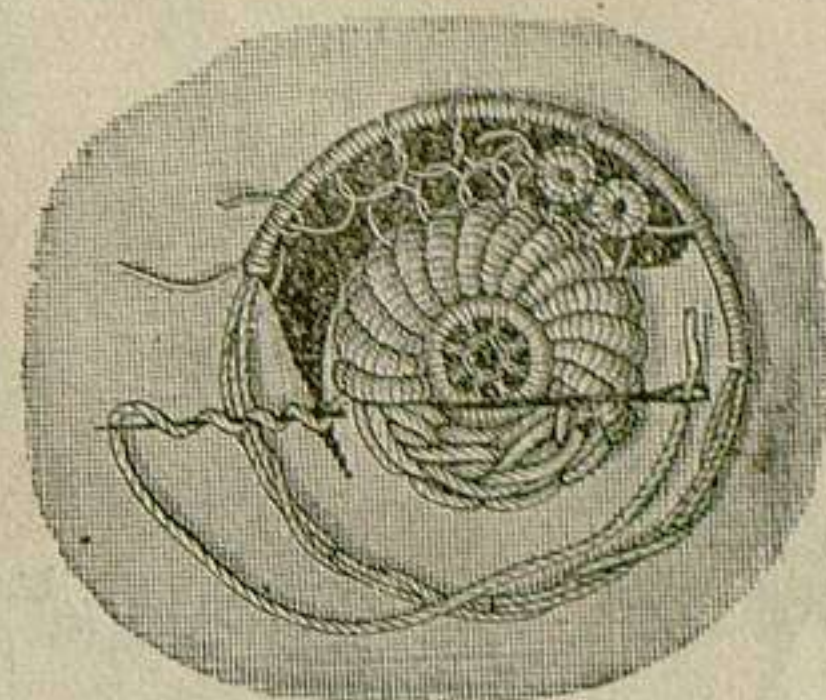
Tirantes de chaleco para jovencito.

Este chaleco puede hacerse de franela y llevarse debajo de otro chaleco común ó tambien puede reemplazar á este. El presente modelo, hecho de paño negro, se forra de peica-



Corpiño-péplum.

El traje es de paño de seda violeta, sin guarnicion; el corpiño-péplum va orlado con una tira de la misma tela cortada al sesgo, y sobre ella unos bujecillos de tren cilla negra; por el otro lado, la tira se guarnice con un fleco de cascabeli-



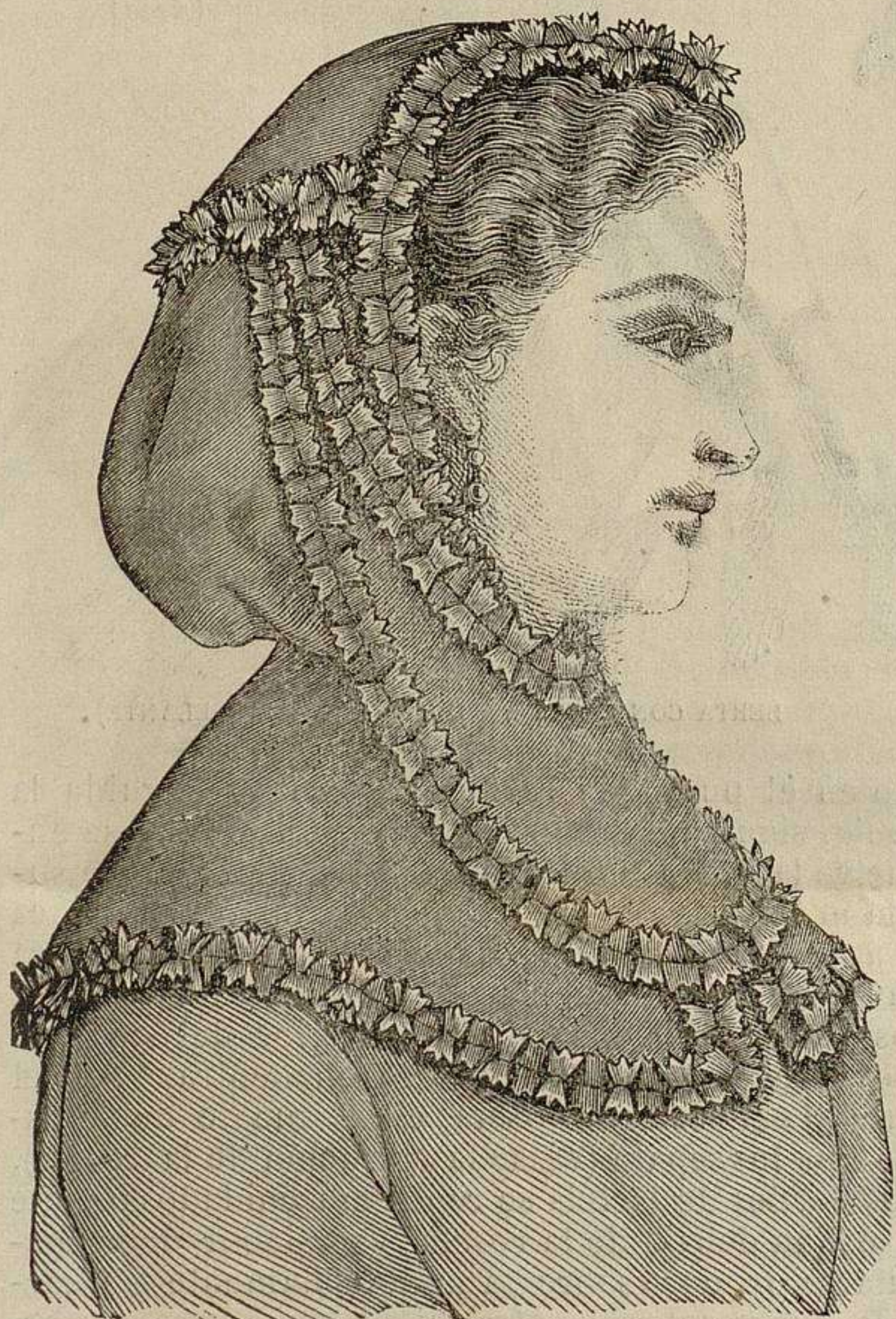
EJECUCION DEL BORDADO DEL CUELLO.

ne un bullonado hecho con una tira de tul de 45 cents. de largo y 14 de ancho; los bordes á puntas van cubiertos, por el derecho, con una tira de tafetan de cent. y medio de ancho, que se dobla, á fin de reducirla á un tercio de cent., y se adorna de trecho en trecho con cuentas blancas; debajo del borde á puntas así guarnecido, se pone recta una tira de un cent. de ancho; tiras de tafetan semejantes á la descrita arriba, se fijan en la espalda y el delantero, y en este se cubren con una estrecha blonda.

Cada uno de los cabos anchos se hace de tul rígido de 30 cents. de largo, 3 de ancho por arriba, y 12 en su borde inferior, que se corta en triángulo; este tul rígido se cubre con tul de seda plegado, cuyos contornos se cubren con una blonda; se fijan los cabos en la parte inferior de la espalda, luego se los rodea, así como al borde inferior de la berta, con una blonda de 5 cents. de ancho, ligeramente sostenida, realizada en los hombros por una tira de tul de 2 cents. de ancho; la costura de esta blonda se cubre en los cabos con una tira de tafetan cortado al sesgo y adornada con cuentas, en la berta, se cubre la costura con un rizado de tafetan recortado, hecho con una tira de 3 cents. de ancho. Por debajo del medio de la berta, entre las tiras de tafetan, se recorta el tul rígido; otro tanto se hace por debajo del tul plegado de los cabos. Para mas pormenores véase el dibujo.

Corpiño montante.

El traje es de popelina de lana á listas negras y color violeta, sin otra guarnicion que un cordon torcido y grueso negro que orla el traje y los contornos del corpiño. Debajo de las costuras de los costados y debajo de las nesgas se ponen ballenas; el escote se orla con un vivo.



CAPUCHON CON COLLAR.



GORRA PARA VIAGE Ó PARA EL CAMPO.

lina, y hasta suele llevar, si es el tiempo muy frio, otro forro de franela encarnada; en su parte media se le ponen botones de azabache; la tela y el forro se reunen por medio de una cinta de tafetan negro de 2 cents. de ancho, que ribetea todos sus contornos. En el extremo de los tirantes se hacen los ojales que el dibujo muestra.

Berta con cabos.

Los elementos de que se compone esta berta son tul blanco de seda, blonda ancha y estrecha, raso color cereza, y cuentas que sean blancas. En el hombro, se po-



CUATRO VESTIDOS DE MUÑECAS.

llos.— Para mas pormenores véase el dibujo.

Chaqueta para jovencito de 10 á 12 años.

Esta chaqueta se hace de paño chiné color castaño; una simple costura respunteada, hecha con torzal negro de seda, orla todos los contornos.

El escote está guarnecido con un vivo.

Corpiño montante para niña de 10 á 12 años.

Este corpiño, sin mangas, hecho de terciopelo inglés gris orlado de felpa blanca, se lleva con una camiseta encarnada; digamos además

que puede hacerse de cualquier tela, aunque sea igual á la del traje, y que las mangas pueden hacerse de la misma tela. Sobre todos los contornos se pone un vivo; la tira de felpa blanca que los orla tiene 2 cents. de ancho; esta se puede substituir con terciopelo inglés de color oscuro, ó con tafetan ó popelina á cuadros escoceses.

Cuellos y puños.

Cuello y puño de lienzo con guipur y bordado.—Un dibujo especial reproduce el bordado en tamaño natural, mientras que otro dibujo indica su ejecución en tamaño mayor que el natural. Se hace la roseta de relieve (cuyo centro está formado por un cnete relleno por una rueda), al punto de minuta, para el cual se traza un círculo, que se emborra co-



BERTA CON CABOS ANCHOS (VISTA POR DETRAS).



CORPIÑO MONTANTE.



BERTA CON CABOS ANCHOS (VISTA POR DELANTE).

Capuchon con collar.

Este capuchon va guarnecido con un collar que cubre el pecho, se asegura á un lado y hace las veces de corbata de abrigo. Se hace aquel de cachemira azul, se algodona, y se forra de tafetan blanco; los rizados son de tafetan azul, recortados; su ancho es de 4 cents., el capuchon se cierra con bridas de cinta azul.

Gorra para viage y para el campo.

Este modelo, hecho de terciopelo negro, está guarnecido de marta ó de cualquiera otra piel. Por dentro lleva un forro de tafe-



CORPIÑO-PÉPLUM.

mo en el punto de *realce*; se pica en seguida la aguja, siguiendo las indicaciones del dibujo, se envuelve la hebra 9 ó 10 veces sobre la aguja, se sujeta el hilo así envuelto, con el pulgar, y se saca la aguja poco á poco, haciendo deslizar la hebra envuelta; esto forma una de las hojas *rayadas* de la roseta. Se traza el contorno exterior del círculo, luego se corta la tela que se encuentra entre el círculo exterior y la roseta, en el medio del espacio que los separa (véase la ejecución de la roseta). Los bordes de la tela se repliegan cuidadosamente y se fijan debajo de la roseta; esta labor debe ejecutarse primero sobre la mitad solamente del círculo, luego sobre la otra mitad, cuando se han hecho los puntos de encaje. Para los puntos de encaje véase la explicación del segundo cuello.

Cuello y puño de lienzo con entredoses, encages y rico bordado.—

Un dibujo especial reproduce en tamaño natural una de las *conchas* bordadas que sirven de adorno; otro dibujo representa la ejecución de los puntos de encaje de esta concha, en tamaño mayor que el natural.— Respecto á estos puntos de encaje diremos, que despues de haber trazado los contornos, y cortado

tan negro; se orla todo con una tira estrecha de tafetan cortada al sesgo; otra tira estrecha de tafetan negro sirve de jareta, por la que se pasa una cinta elástica de 30 cents. de largo. Se fijan 2 bridas de cinta de tafetan negro, de 8 cents. de ancho.



CHAQUETA PARA JOVENCITO DE 10 A 12 AÑOS.



CORPIÑO MONTANTE PARA NIÑA DE 10 A 12 AÑOS.



VESTIDO PARA NIÑO DE 7 AÑOS.

el lienzo en los sitios que deben quedar vacíos, se hace sobre los contornos un punto de cordoncillo muy apretado, luego se toma hilo de lino del número 150, y se extiende dos veces la aguja de un contorno á otro, para ejecutar las barretas en feston flojo y contrapuesto, indicadas en el dibujo que representa los puntos de encaje; otras dos barretas semejantes rellenan la punta de la concha. Para las ruedas pequeñas que adornan la parte superior, se fija el hilo, sin estirarlo mucho, á cuatro puntos, luego se rellena en espiral el vacío que forma la punta entre dos hilos; los sitios que deben contener á cada una de estas ruedas van marcadas, por el lado redondeado del dibujo de los puntos de encaje, por crucecitas. El espacio que se encuentra

MUÑECA EN ENVOLTURA. — El vestido se compone de una enagua de percal y de un corpiño de nan-souk, guarnecido en cada delantero con cuatro pliegues, y con un entredós de guipur de cent. y medio de ancho, forrado con una cinta de tafetan ce-reza. El capillo es de tul á dibujos, con flecos y lazos de cinta. El cogin sobre el que descansa la muñeca es de tafetan encarnado, cubierto de muselina blanca con entredoses bordados, guarnicio-nes bordadas y lazos de cinta encarnada.

MUÑECA VESTIDA DE BAILE. — Trage de doble falda, de tartan blanco, con lunares de oro. La segunda falda va recogida cuatro veces con rosas y lazos de cinta rosa. El corpiño, plegado, escotado, de man-ga corta, se adorna con las mismas cintas y una ro-

co, forrada de tafetan azul, y guarnecida de guipur blanco.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

CADA CUBA HUELE AL VINO QUE TIENE.

I.

El héroe de mi historia acababa de llegar de la Habana á su pueblo, pintoresca villa de Asturias, despues de nueve años de ausencia. Era jóven, pero el sol de los trópicos le habia tostado el rostro, convirtiendo el color sano con que salió de España en color de café, y sus redondas mejillas en dos arrugadas camuesas: en otros



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Vestido de la madre de la novia. — Trage y paletot iguales, de paño de seda color de arena mojada. La guarnicion se compone de una tira de paño de seda blanco bordada con cuentas negras. — El paletot se guarnece con un encaje negro. Sombrero blanco de tul bullonado, con ramas de acebo.

Hermana de la novia. — Trage de tafetan malva con listas del mismo color mas oscuro. El borde inferior está recortado en dientes de sierra, orlados con un cor-

don de seda; debajo de estos dientes, una tira de tafetan malva figura una enagua interior. Paletot igual al trage. Sombrero blanco de tul bullonado, con follage, y flores de cuentas blancas.

Vestido de novia. — Trage de debajo de raso blanco; trage de encima enteramente bullonado; encima del bullon inferior va un cordon de azahar. Ramillete adecuado en el cinturon y sobre cada hombro. Velo grande de tul blanco.

entre las dos filas de barretas se rellena con cuatro puntas de flechas, ejecutadas á punto de zurcido, copiando la disposicion del dibujo.

Cuatro vestidos para muñecas.

MUÑECA VESTIDA DE ALDEANA. — Trage y corpiño montante de muselina blanca, adornados con cintas de raso encarnado y verde, que tengan centímetro y medio de ancho. Segundo trage, de indiana con grandes flores, recogido en el lado derecho con un lazo de cinta. Coselete de terciopelo negro, orlado y adornado con lazos de raso verde. Peto de tafetan blanco, bordado de cuentas ó lentejuelas. Capelina de terciopelo negro, bordada con un salpicado de cuentas y adornos de cintas verdes y encarnadas.

sa. Cinturon atado por detrás, de cinta de 4 centímetros de ancho. En el cabello, rosas y lazos de cinta.

MUÑECA EN TRAGE DE CALLE. — Enagua de moer blanco, dentada en su borde inferior, segun las indicaciones del dibujo; estos dientes alternativa-mente cuadrados y puntiagudos, se ribetean de tafetan azul. El forro de la enagua es de muselina rígida, el del paletot de tafetan blanco. Enagua interior de gasa rígida, 9 cents. mas larga que la de moer, cubierta por abajo por una tira de tafetan azul de 12 cents. de ancho. Sombrero de tafetan azul, cubierto de bullonabos de tul de seda blanco, adornado con cascabelillos de cristal y flores de ce-rezo. Las bridas, de 5 cents. de ancho, se atan por debajo de la castaña rizada. Las tiras anchas de tul blanco, cada una de 16 cents. de ancho, se atan por debajo de la barba. Sombrilla de moer blan-

términos, su antigua cara parecia ahora un mascarón pegado al cútis.

Una mañana salió de su casa, llevando todo el baul encima: gran sombrero de jipi-japa, con honores de paraguas, levita, corbata, chaleco, pantalon, botas, y reloj con una gruesa cadena de eslabones de oro descomunales (para que se viese perfectamente), de la cual pendian multitud de dijes, una mano de coral, un pié de ébano, un chino de marfil, bailando, un toro del metal que la cadena, y si no añadió una plaza, buenas ganas se le pasaron; y todo nuevo, flamante, resplandeciente, causando una dentera horrible á sus convecinos que, con la boca abierta, contemplaban su empaque soberbio y su imperial magnificencia. Decian unos:

— Anda, hijo, qué hueco va! Habrá que ensanchar las calles para que pase su señoría!

— Exclamaban otros, que no habian sabido su llegada:

— ¡Calla! ¿No es Ciriaco Salido, el hijo del tío Cleto el lechuzo?

Llamaban *lechuzo* al tío Cleto (que en paz descanse), porque, viviendo, había sido sacristán, y malas lenguas le atribuían la ciega afición á chupar aceite, que se atribuye á aquella ave nocturna; por cuya causa los dos vasos de vidrio verdoso que delante del Santo Cristo de la iglesia, debían arder constantemente, ó estaban siempre agonizando, ó apagados también constantemente.

Sucedíole Ciriaco en sus funciones, y no hay noticia de que dejase de honrar la fama de su padre. Cabo de vela que caía en sus garras, no volvían á verlo mas los altares; la provision del vino para la misa había que renovarla mas á menudo de lo que debía esperarse; el cepillo de las ánimas se dijo que había sufrido varios embites de sus manos pecadoras: finalmente, para dar una idea de la altura de sus conocimientos en el latin con que ayudaba á misa, ó del escrupulo con que pronunciaba las palabras del ritual, basta saber que así que abría la boca para contestar al oficiante, le entraban á este mortales trasudores. Con todo, no produciéndole sus industrias y su reconocida aptitud en el desempeño del sacristanazgo lo suficiente para vivir, un dia en que estaba limpiando la iglesia arrojó el plumero, y dijo: «¡A pasar el *charco!*» y lo pasó.

Ciriaco Salido, pues, en efecto, este era su nombre, atravesó, sin hacer caso de hablillas, por medio de los curiosos que, ya en la calle misma, ya desde las puertas de sus casas, lo vieron dirigirse á la de un hidalgo que no á muchos pasos moraba, y que le había convidado á comer.

El hidalgo, viudo, padre de una bella jóven, delicada como una sensitiva, era hombre apreciableísimo, pero no tenía un maravedí (cosa mala en estos tiempos y en todos) y afligíale en extremo la idea de que, si Dios no mejoraba sus horas, ó había de entregar la mano de su Cármen á un palurdo cualquiera, ó sin remedio se quedaba esta para vestir imágenes. Tal era el estado de su fortuna, cuando Ciriaco tornó á los patrios lares, en situación muy distinta de la del *Hijo pródigo*, puesto que traía llenos de oro los bolsillos, mientras que el de la parábola del Evangelio había vuelto lleno de hambre y de andrajos.

Ciriaco, tosco de por sí, había ido adquiriendo en América, á medida que su riqueza aumentaba, ciertos hábitos de brutal osadía y despotismo, que ni un bajá de tres colas; pero el hidalgo, que aun no le conocía á fondo, se vió en la noche de su llegada sorprendido por Ciriaco, á las primeras de cambio, con una peticion en regla de la mano de Cármen, y la peticion no era para echarla en saco roto, sin meditarla.

Cármen, con esa mirada perspicaz, segura de las mujeres de organizacion y sentimiento exquisitos, sin mas que verlo entrar, chupando un veguero enorme, en la habitacion donde ella estaba haciendo labor, leyó todo lo que había dentro de aquel libro tan estupendamente encuadernado, y murmuró:

—No me gusta.

No se paró Ciriaco en semejantes lecturas ni perfiles, y si se paró y le asaltaron dudas relativamente á la correspondencia de la muchacha, diría también para sí:

—Tengo dinero!

Y dinero, en un diccionario particular, significaba memoria, entendimiento, voluntad, virtud, hermosura, gentileza, modales, valor, importancia y mil cosas mas.

Sin embargo, como Cármen le gustaba de veras, como lo mismo fué verla, á orillas del mar, por cierto, en la tarde siguiente á su llegada, el travieso Cupido le había tomado por sorpresa el corazón, quiso apurar todos los medios de galantería para hacer necesario su amor á la chica é irremplazable por el amor de ningún otro mortal. No podía exigirle mayor sacrificio.

II.

Antes de todo, conviene advertir que el hidalgo había recibido una carta de un amigo suyo, residente en la Habana, cuyo amigo debía algunos favores á Ciriaco, á quien, por tanto, miraba con el afecto, siempre miope, de la gratitud. Hé aquí el contenido de la carta:

«Señor don Zacarías Lopez Agudo:—Muy señor mio y dueño: el dador de esta, don Ciriaco Salido, regresa á España con el objeto de vivir entre los suyos y descansar de las fatigas que le ha costado crearse el capital respetable que lleva, fruto de especulaciones comerciales y de una honradez sin tacha. Es natural de esa villa, persona de excelentes prendas y fino trato, por lo cual deseo le admita entre sus relaciones, dispensándole la amable acogida con que V. siempre me favoreció á mí, seguro de que en ello recibirá singular merced su amigo affmo. y s. s. q. b. s. m.

PEDRO NOGALES.»

—Felices, don Zacarías! A los piés de V., señorita! exclamó Ciriaco, no bien pisó las baldosas de la habitacion, arrellanándose inmediatamente en una silla y cruzando una pierna sobre otra.

—Felices! dijo Cármen sonriéndose.

—Felices, Salido! repitió el hidalgo, que medio se había levantado para saludarlo.

En seguida le preguntó:

—Qué tal? ¿Vamos descansando de las fatigas del...

—Qué es ir descansando? El que tiene dinero no se cansa, don Zacarías, porque lo mismo en mar que en tierra, alojando el bolsillo lo que sobra es comodidad. Un buen vapor, una cámara de primera, y un par de criados para que sirvan y cuiden al individuo, allanan todas las dificultades.

—No obstante, en una travesía tan larga el mar puede alborotar...

Ciriaco le cortó la palabra, pues, entre otras gracias,

poseía la de interrumpir á menudo al que le hablaba.

—Qué mar!—saltó, lanzando una densa bocanada de humo, que hizo llover á sus interlocutores.—¡Qué mar, ni qué ocho cuartos! Nada de mar ni de travesías largas; no las temo. ¡Vengan rayos! ¡Vengan tempestades! ¡Hay mosca?... Pues basta.

El hidalgo no sabía lo que le pasaba. Por una parte, atribuía á natural franqueza é inofensivo desenfadado de su comensal su manera de producirse; figurábase, por otra, que dependían de una falta completa de educacion tan extraños alardes. Inclínaronle, por fin, á lo primero su carácter débil, su buena pasta y la opinion que de Ciriaco tenía una persona tan distinguida y formal como su amigo Nogales.

Distraídos el hidalgo y su hija, aquel en los pensamientos que acabo de manifestar, y esta en recoger su labor, levantaron de repente los ojos, en que se veía retratada una grande inquietud, y aun Cármen gritó:

—¡Jesus!

El susto era producido por el derrumbamiento de la humanidad del indiano, quien, al recostarse contra la silla, había roto el respaldo y dado consigo en tierra.

Acudieron presurosos el anciano y su hija para ayudarlo á levantarse. Don Zacarías dijo:

—Se ha lastimado V.?

—No hay que alarmarse, no hay que alarmarse, no es nada; quien se ha lastimado es la silla; habrá que mandarla al cuartel de inválidos y sustituirla con otra de mas aguante. Ya vendrá el reemplazo. ¿He roto una silla? Pues á silla rota, butaca nueva. Yo soy así.

—Vaya, vaya, Salido, no hay que pensar en...

—No admito argumentos, señor don Zacarías; conque... punto en boca, y si no, me enfado.

Todo lo que decía y todo lo que hacia el indiano, figurábasele que era el *summum* de la cortesania y un medio seguro de conquistar al hidalgo que, en este punto, como persona bien nacida y hecho á vivir en Madrid en dias prósperos, no dejaba de ser escrupuloso y mirado.

—Voy á ingresar—pensaba Ciriaco—en una familia de noble alcurnia, y es preciso hacerse digno de esta distincion. Don Zacarías es pobre, va á gastarse lo que no tiene en obsequiarme, y no es justo que á este perjuicio se agreguen otros, como el de la silla rota.

En cuanto á lo demás, descansaba tranquilo. Aquel penetrante *¡Jesus!* pronunciado por Cármen, era indicio harto expresivo, en su concepto, de que le amaba con una pasion frenética. El no insistir don Zacarías en que se dejase de reemplazar el mueble roto, claramente demostraba también que en su interior le agradecía su oferta; aunque, bien considerado el asunto, mal hubiera podido insistir el hidalgo en su negativa, habiéndole interrumpido él, como de costumbre, sin darle tiempo para acabar de formularla.

En esto, llegó la hora de comer, y pasaron á otra habitacion, adelantándose el indiano con aquella peregrina llaneza que tanto había hecho pensar al hidalgo.

En el corazón de Cármen cayó entonces una semilla, que fué germinando durante la comida, y que había de dar pronto hermosísimos frutos.

III.

Hacia un calor sofocante, y aunque el comedor estaba en lo mas fresco de la casa, el aire de fuera colándose por puertas y ventanas, apenas podia respirarse.

En un huertecillo inmediato las cigarras se deshacían á chirriar sobre las copas de los árboles y las hojas de las plantas, anunciando por medio de este ágrico concierto, con tanta exactitud como un cronómetro de Losada, que el sol había llegado al cénit, á aquel punto del cielo desde el cual los rayos, cayendo perpendicularmente sobre la tierra son capaces de asar los pájaros.

Bien por la referida causa, bien por otra, el huésped ya en el comedor, antes de tomar asiento, despojóse de la levita, despechugóse lanzando fieros resoplidos, y con el pañuelo se enjugó la cara, el cuello y el pecho, por donde gruesas gotas de sudor le corrían. Verificada esta operacion, se introdujo entre la camisa y la carne la punta de una servilleta, y servida la sopa, comenzó á engullir con tal rapidez que, cuando el hidalgo y su hija aun no llegaban á la mitad, ya había él despachado.

—Vamos, otra cucharadita, Salido! exclamó el anciano. Mire V. que está muy...

—Perdone V., don Zacarías, he tomado bastante. ¿Quién ha sido la cocinera?

—Mi hija.

—Se le da á V. la enhorabuena, Carmencita. Sin embargo, el dia en que Vds. gusten honrar mi choza, han de probar una que se chupen los dedos. No hay quien eche la pata á mi criado Pepe en esto de poner una comida.

Esto dicho, dióse un rascon de padre y muy señor mio en la cabeza, sin duda para animarse, y exclamó imperterritito.

—Ya que estamos los tres solos, quisiera que terminásemos el asunto que tenemos pendiente, señor don Zacarías. Yo pretendo la mano de Carmencita, segun V. sabe, y en la seguridad de que V. ha de concedérmela, he formado un plan de vida que someto á su aprobacion.

—Hablares despues de este asunto—observó el hidalgo, sonriéndose—digo, si á V. le parece, pues no es puñalada de pícaro. Además, he de consultarle primeramente con...

—¡Pero hombre, si yo doy por realizada la consulta, Principiemos por V., pues como dice el catecismo de la doctrina cristiana, los mayores en edad, dignidad y gobierno. Usted, señor don Zacarías, ni por sus años, ni por sus achaques se encuentra ya en estado de trabajar mucho, ni yo lo consentiria; ¡no faltaba mas! Así, pues,

quiera V. ó no quiera, lo tendremos en nuestra compañía, obligándome yo á mantenerlo y vestirlo, sin otra condicion que la de que corra con mi escritorio, así como por via de recreo: de esta suerte matamos dos pájaros de un tiro, es decir, evitamos á V. el fastidio que la ociosidad engendra y ahorramos el sueldo que tendríamos que señalar á dos ó tres dependientes, sobre los cuales habría que estar siempre ojo avizor. ¿Qué tal, eh? Yo soy así; siempre campechano. Que viene un dia en que el reuma le incomoda á V.!... á la cama con el cuerpo, y á sudar: con aplicarse despues un poco mas, se recobra el tiempo perdido y así nunca hay cuentas atrasadas. Un sabio ha dicho que el trabajo corrobora y ayuda á la digestion.

El magnífico proyecto del orador no fué acogido, al parecer, con el entusiasmo que él quizá se habría figurado; pero tampoco observó este señales de lo contrario. Llevóse, pues, á la boca, tal vez para fortalecer su elocuencia, un vaso de vino, cuyos bordes quedaron festoneados de grasa. No contento con esto, levantóse, tomó la pipa, la limpió, metió en ella un gran veguero, encendiólo y ahumó á don Zacarías y á su hija, como si fuesen jamones puestos á curar bajo una chimenea.

Lo mismo era servir un nuevo plato la doméstica, Salido acometía, tenedor en mano, las tajadas mas valientes, y luego rebañaba con maravillosa agilidad, amenizando la limpieza con chistes por el estilo de este: "mas vale dar una vuelta por aquí, que por la plaza;" chistes que él creía inocentemente que demostraban una familiaridad amable y admitida y una agudeza de buen género. Ciriaco estaba en sus glorias, el hidalgo en el limbo aun, y Cármen pasando las penas del purgatorio.

—Y hablando ahora de Carmencita—exclamó Salido, reanudando el hilo de su plan, al cabo de algunos minutos—prometo á V. que ha de darse la vida y el trato de una emperatriz de buena mañana, que será en invierno á las seis y en verano al rayar el dia, abandona la cama, porque la cama consume, ya se sabe; y con cuatro vueltas que ella dé por la casa, observando siempre á los criados para que no se estén brazo sobre brazo, lo deja todo arregladito. Almorzamos como unos príncipes, pues lo primero es lo primero, y luego se entretiene en planchar, coser, reparar la ropa, echar un vistazo á la cocina, y aun si quiere lavar algo ó dar una escobada, puede hacerlo, nadie se lo impedirá, en fin, quien dice esto, dice otra cosa; yo en esto no entro ni salgo. A las doce comemos; y en las horas que restan hasta la caída de la tarde, vuelve á coser ó borda, con lo cual, así, insensiblemente, en poco tiempo y trasnochando, si es caso, alguna que otra vez, se encuentra un trabajo concluido, con cuyo producto y el de los que emprenda mas adelante, se va formando un ahorro, para alfileres: yo, por mi parte, no pienso aprovecharme ni de un céntimo siquiera. Así he ido yo haciendo mi capital, y no me arrepiento de mi conducta. Si Dios nos da familia, quiere decir que con arrimar Carmencita un poco mas el hombro, todo se lo encontrará hecho naturalmente. Por supuesto, que antes de venir la noche salimos á tomar el fresco, en amor y compañía; nos sentamos á la orilla del mar á ver el movimiento de las olas, ó si es invierno jugamos en casa al solitario, al mus, á la brisca... ¡Yo soy así! Carmencita, antes que se me olvide, prepárese V. á recibir una cadena de oro y unos pendientes de diamantes: mi regalo de boda.

Esta salida de Ciriaco, digna corona de su discurso, hizo quedarse á su presunta novia casi lela de asombro, de un asombro que expresaba enojo y lástima al par.

Él lo interpretó favorablemente y dijo para sus adentros:

—Qué ojo abre!

IV.

Pasaron la tarde hablando de diferentes cosas, y siempre Ciriaco descubriendo la hilaza. Cuanto mas atento se proponia mostrarse, tanto mas lo echaba á perder. Su humilde procedencia, su falta completa de educacion, la sociedad ordinaria que había frecuentado en la Habana y hasta su oficio de figonero, base y origen de su fortuna en la perla de las Antillas, se revelaban en todas sus palabras y en todos sus actos, aunque se matase á disimularlo. Era generoso, pero á su manera; así es, que sus rasgos de desprendimiento, que á los ojos de cierta clase de personas indicaban un corazón excelente, á los ojos de otras parecían ofensas.

Al oscurecer salieron de casa, dirigiéndose á un cafetín que en el pueblo había, donde el hidalgo convidó á refrescar á su huésped. Durante el camino, Salido habló á su novia de sus perros, de sus caballos, de la buena vida que se daba etc. ¡Qué ramillete de flores para ofrecido á una dama!

Como á la mitad del camino, atisbó Ciriaco á uno de sus criados, y mandándole por señas que se aproximase á ellos, cuando lo tuvo cerca de sí, le dijo en voz baja:

—Corre á casa, coge las dos butacas de gutta-percha y entrégaselas de mi parte á la criada de don Zacarías.

El criado partió como un rayo.

Entraron en el cafetín don Zacarías, Cármen y el indiano, y los sirvieron leche amerengada. Ciriaco, al mirar el vaso de Cármen hizo un malicioso guiño á la moza que se lo había servido, y exclamó:

—Te veo, ciudadana!

La moza, no comprendiendo la indirecta, le preguntó:

—Se le ofrecia á V. alguna cosa?

—No! quí! Digo no mas, que te veo, besugo. Dile de mi parte á tu amo, que otra vez mande poner copete á la leche; que el vaso de esta señorita está ras con ras, como la palma de la mano. ¡El que á mí me la pegue, tiene que nacer!

La moza se retiró de allí colorada como el carmin. El

indiano, siempre galante, fué quitando el copete de su vaso, y coronó con él el vaso de su futura, que no pudo contener la risa. Salido creyó que celebraba sus dichos y que le estaba agradecida por haberla aumentado la ración. La leche que había caído en su plato, se la echó al colete, y le supo á gloria.

Cuando se trató de pagar, ni por Dios ni por los santos pudo conseguir don Zacarías que le permitiese hacerlo, como estaba en el orden. Ciriaco le disputó á voces el derecho, fundándose en que puesto que el hidalgo le había convidado á comer, á él le tocaba pagar el refresco; que aun así el hidalgo salía ganancioso, y que si aun le quedaban dudas á este, él llamaría á un tercero, para que dirimiese la contienda. Con la moza estaba muy quemado; así es, que despues de repetirla "te veo, besugo," le dió de propina... las buenas noches.

V.

Apesar de sus instancias, no pudo lograr el indiano que don Zacarías le diese una contestacion definitiva en lo de la boda; manifestándole solo que necesitaba conferenciar previamente con su hija.

La respuesta de Cármen no era dudosa: la semilla que comenzó á germinar en su corazon durante la comida, había echado tallos, hojas, y unas flores azafrañadas cuyos pétalos cayeron marchitos, apuntando, en su lugar, unas calabazas que prometían ser mayúsculas.

—Con qué cara se lo digo yo? exclamó el débil hidalgo, viendo la resolucíon de su hija.

—Escríbale V. Yo no me caso con un hombre que en cada fineza que cree decir y en cada favor que cree hacer nos agravia y nos avergüenza. ¿Le parece á V. que está fino aquello de que nadie echa la pata á su criado en cosas de cocina, y seguidamente de romper una silla mandarnos dos butacas, y referirlo despues á todo el mundo para satisfacer su ridícula vanidad? ¿Pues y lo del copete? Además, nunca podría yo acostumbrarme á sus palabrotas y á sus modales groseros, ni á la idea que su riqueza le ha hecho concebir de las personas que carecen de ella. El se imaginó sin duda que iba á comprarme con su oro, como quien compra un saco de café, y por eso entró en casa como en país conquistado.

—Tienes razon, hija. Mi amigo Pedro Nogales soñaba cuando me recomendó á Salido; es imposible que este hombre se haya tratado mas que con pelagatos.

—Y aun cuando hubiera vivido entre marqueses y duques, sería lo mismo, no lo dude V.

—Es cierto; eso está en la masa de la sangre. A Salido le sucede lo que á la hija de la ricacha doña Simplicia, que despues de vivir seis años en Madrid, volvió tan záfia y toscona como cuando fué allá: entró en la córte, pero la córte no entró en ella. Conque ¿te empeñas en que le escriba?

—Será lo mas acertado, ya que V. no se atreve á decirselo verbalmente.

—Pues, señor, manos á la obra!
Ya iba don Zacarías á realizar su intento, cuando entró la criada y le dió una carta de parte de Salido. Abrióla y leyó:

"Señor don Zacarías.

Muy señor mio y apreciable amigo:—Extraño sobremanera que habiendo yo preferido á Carmencita para casarme, entre tantas y tantas como esperan solamente á que abra yo la boca para entregarme su mano, aun no haya merecido una contestacion categórica. No puedo presumir que este silencio signifique desaires á mi persona, que siempre ha sido considerada por otras bien altas. El capitán general de la Isla de Cuba me dijo un día: "¡hola, amigo!" y un empleado en el gobierno civil de la Habana, que iba á comer á mi casa frecuentemente, y á quien nunca apuré para que me pagase lo que me adeudaba, era hombre que me ponía en las nubes, asegurando que no conocía en aquel territorio persona mas amable, ni mas cortés que yo. Creo que Vds. tampoco tendrán queja de mi comportamiento, pues por una silla que rompí, les regalé dos butacas de gutta-percha, y satisfice el gasto que hicimos en el cafetin. En cuanto al porvenir de Vds., he sido todo lo explícito que puede ser un hombre desinteresado. Si Vds. necesitan dinero para muebles ó para comprarse ropa y poder alternar conmigo desde luego, y no se atreven á explicarse, á la menor indicacion lo tendrán: el dinero es un bálsamo que todos los males cura. En fin, hablen Vds. y sabrá á qué atenerse su amigo affmo. y s. s. q. s. m. y s. p. b.

CIRIACO SALIDO."

El bueno de don Zacarías se quedó turulado con lo que acababa de leer. A su hija no le cogió de sorpresa. El documento, no obstante, se supo andando el tiempo que lo había redactado el maestro de escuela; que á no ser así, Dios sabe cuantos sapos y culebras mas se hubieran visto en él.

Repasada tres ó cuatro veces la carta, examinado punto por punto su contenido, y de acuerdo sobre la pena que merecía aquel delito de lesa sociedad, el hidalgo redactó la sentencia siguiente:

"Señor don Ciriaco Salido.

Muy señor mio y dueño:—Extraño, á mi vez, sobremanera, la prisa de V. para que le entregue mi hija, sin darle á uno tiempo ni para meditarlo, ni para respirar, como si mi hija fuese un costal de paja; y lo extraño tanto mas, cuanto que, segun V. manifiesta, no hay muchacha en la villa que no se esté muriendo por V. No necesitaba V. citar personas de alto rango, para probar lo mucho que ha figurado entre lo escogido de la

Habana; se le conoce á V. á simple vista. Su esplendidez es tan notoria, que no hay en la villa vecino que ignore lo de las butacas y el cafetin: lo que V. quizá no sepa es, que las butacas las he regalado al hospital, para que los pobres convalecientes ó los enfermos tengan donde sentarse á gusto, y que el valor de la leche lo he dado al señor cura para que rece una misa por las benditas ánimas del purgatorio. Respecto del porvenir que V. nos reservaba, era tan lisongero que podría hacernos daño, por lo habituados que estamos á las privaciones: sin embargo, se agradece la intencion. Por lo que hace al dinero para ropa que nos permita alternar con V., andamos tan elegantes y satisfechos con la dignidad de nuestra pobreza, que no la cambiaríamos por los trages mas suntuosos. Finalmente, dice V. que el dinero es un bálsamo que todos los males cura: algo lo dudo, y la prueba es que no ha curado uno que V. padece desde la cuna y que le vende así que V. dice ó hace algo: su educacion. En vano trata V. de ocultarlo, amigo; cada cuba huele al vino que tiene.

De V. amigo affmo. y s. s. q. b. s. m.—Zacarías Lopez Agudo.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

TU VENTANA.

Alegre es tu ventana, vida mia,
TEODORO LLORENTE.

Gallarda vid con hojas de esmeralda
Rico dosel á tu ventana ofrece,
Formando en el espacio aérea guirnalda
Que al beso de los céfiros se mece.

Su nido oculta allí la golondrina
Que alimenta tu mano cariñosa,
Desde el jardín su esencia peregrina
Te envía el lirio y la aromada rosa.

Al abrirse las puertas del oriente,
La primera sonrisa de la aurora
Vuela á besar tu nacarada frente
Que asoma á tu ventana encantadora.

Riza la luz su cabellera de oro,
Aumenta tu ventana sus hechizos.
Y las aves entonan dulce coro
Que el céfiro galan prende en tus rizos.

Me miras con amor, y te sonríes
Murmurando una frase cariñosa
Que suspira en tus labios de rubíes,
Y se esconde en mi pecho ruborosa.

Yo bebo delirante tu mirada,
La brisa ondula tus cabellos de oro,
Y al expresarse mi alma apasionada
Muero de dicha al pronunciar "¡Te adoro!"

La primavera huyó. Pasó el estío;
Las hojas de la vid barren el suelo,
La brisa ahuyenta el aquilon impio,
Y las nubes se agrupan en el cielo.

La golondrina abandonó su nido,
La flor perdió su brillantez galana,
La aurora busca su color perdido...
¡Ay! es que tú no estás en la ventana!

Otra vez volverá la primavera,
Y á su nido otra vez la golondrina,
Y tornará la brisa lisongera
A la rosa su esencia peregrina.

Y la vid, mas hermosa, mas risueña,
Formará otra grirnalda mas lozana
Para velar la frente de su dueña,
Si su dueña se asoma á la ventana.

La aurora tornará con sus celages,
Y la luz de tus ojos seductores
Colorará de nácar los ropages
Del Angel del rocío y de las flores.

Todo renacerá: todo mas bello
Te ofrecerá ilusiones y ventura,
Y yo que de tu dicha fuí destello
Apuraré entre tanto mi amargura.

Tú la muerte me das; el desencanto.
Si mi alma rompe la prision humana,
Del cielo verteré mi triste llanto
Que el rocío será de tu ventana.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

UN CLAVO SACA OTRO CLAVO.

DOLORA.

A mi querido amigo Cárlos España.

Te amé, Julia, y tú me amaste;
mi dicha en tu amor cifré,

pero, ingrata, me olvidaste
y yo ¡es claro! te olvidé.

Julia bella,
de igual modo nos pagamos;
de hoy mas ya no habrá querella
pues ambos nos engañamos.

Tú procura
encontrar un nuevo amante,
que es locura
el estar un dia vacante.

Busca, niña, otro amador
de tus caprichos esclavo,
pues sabido es que en amor
un clavo saca otro clavo.

¿Te acuerdas, di, de las horas
tan breves como tranquilas,
en que lágrimas traidoras
brotaban de tus mejillas.

Tú, amorosa,
no olvidarme me jurabas,
y una rosa y otra rosa
en prueba de amor me dabas.

Y yo, á tí
te comparaba á una ondina,
y á una huri
de belleza peregrina...

Y hoy buscas nuevo amador
de tus caprichos esclavo,
y haces bien, porque en amor
un clavo saca otro clavo.

Adios, Julia, voy en busca
de otra niña á quien amar,
pues ya sabes que me ofusca
no tener con quien hablar.

Tú, tambien
sé que buscas otro hombre
á quien llamar dulce bien;
y no creas que esto me asombre,
porque á tí

te sucede, Julia hermosa,
como á mí,

piensas cada dia una cosa.
Vive en paz con tu amador,
tu gusto, niña, yo alabo,
pues sabido es que en a mor
un clavo saca otro clavo.

CARLOS CANO Y NUÑEZ.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(CONTINUACION)

—¿Pero no sabeis, exclamé, que es mi felicidad lo que se juega en la lucha? ¿No comprendéis que si tengo miedo, no es de la noche, ni de la muerte, sino de perder todas las esperanzas que me ligan á la vida? Esa mujer habrá mentido quizás: ¿debo renunciar acaso al hombre que estimo, que amo, por ese único testimonio?

—No, seguramente, yo haré cuanto dependa de mí para averiguar la verdad en medio de este caos. Una mujer semejante no merece confianza, si no presenta pruebas irrecusables en apoyo de sus palabras. Mañana, con vuestra autorizacion, marcharé yo mismo á París, buscaré al príncipe, tomaré informes sobre él, que sean dignos de fe, y si llega á justificarse su conducta, podeis ser dichosa todavía.

Moví la cabeza con un ademan de incredulidad.

—Dejadme sola, Jorge! Nadie mejor que yo podrá vencer á esa mujer y confundirla como embustera y calumniadora!

—No! replicó mi primo con firmeza, eso es imposible; no puedo consentir en dejaros al lado de tal criatura. Os acompañaré ú os reemplazaré. Por esta noche solamente, miradme como á un hermano.

—Id, pues, le dije; pero acordaos de que pongo mas que mi vida en vuestras manos.

Me apoyé en su brazo. ¿Dónde estaba mi valor de algunos momentos antes? Mi cuerpo temblaba; ya no tenía voluntad, ni energía. Jorge quiso llevarme hasta la vista del castillo. Caminábamos despacio, sin pronunciar una sola palabra. Unicamente, al acercarnos al portal, me dijo con voz alterada:

—Gracias, Albina.

Entré en el castillo y me dirigí al salon para aguardar allí la vuelta de Jorge. Al cabo de dos horas mortales llegó grave, preocupado, afectando no reparar en mí; luego, habló de un asunto imprevisto que le obligaba á marchar á París el dia siguiente.

—Todo el mundo se va, por lo visto? exclamó mi abuela; es una enfermedad contagiosa. Ganas tengo yo tambien de hacer mi equipaje: no se sabe hasta donde puede llevarle á uno la envidia. Al menos, traednos con vos al príncipe. Decidle que á mi edad no se puede esperar, y que me tarda ya ver qué hermosa estará Albina con el traje de desposada.

¡Estas palabras penetraron en mi corazon como una flecha aguda! No se debe hablar de la vida y del sol á los moribundos.

Al dia siguiente, por la mañana, bajé al salon. Como lo había presumido ya, Jorge me esperaba en él.

—Qué ha dicho esa mujer? pregunté imperiosamente. ¡Quiero saberlo todo! No me contempleis como á una niña enferma: tengo ánimo para soportarlo todo, menos la incertidumbre.

—Debo deciros toda la verdad, respondió Jorge, y es

carga bien pesada y cruel para mí! Esa mujer podrá haber mentido, pero ha dicho que el príncipe es un hombre indigno de vos; que, al abandonarla cobardemente, á pesar de una promesa de matrimonio, ha creído que ella no tendría valor suficiente para vengarse, por el temor de perderse con él. Ha dicho también que llevando un hermoso nombre, al cual ha añadido el título de príncipe, y no teniendo fortuna alguna, ha vivido como un disipador, lleno de vicios, jugando clandestinamente y cometiendo un fraude con falsificación de ciertos documentos, del cual ella ha sido cómplice, y ofrece suministrar las pruebas partiendo para París también esta misma mañana.

Un grito de horror se escapó de mi pecho; después permanecí muda, inmóvil, sin atreverme á levantar los ojos, como si aquella mancha vil me hubiera alcanzado á mí, como si yo fuera responsable de la deshonra de aquel á quien había prometido mi vida.

—Lo repito otra vez, añadió Jorge, esa mujer puede haber mentido.

Al pronunciar estas palabras, su acento no estaba conforme con ellas. Una voz interior me gritaba muy alto ¡ay de mí! que un hombre de honor no debe dar lugar siquiera á la mas insignificante de semejantes sospechas.

—Una pregunta tengo que haceros aun, prima mia, dijo Jorge. Perdonádmela. ¿Teneis que reclamar alguna carta, algun recuerdo?

—Una carta, una sola, respondí; pero no os tomeis pena por ella; poco me importa el mundo ya, todo ha acabado para mí.

En este momento fuimos interrumpidos por la familia entera que queria despedirse de Jorge. Cuando se anunció el carruaje, abrazó á su madre y á su abuela; Noemi saltó á su cuello sin cumplimientos; pero yo apenas tuve fuerzas para levantarme y alargarle la mano. Esta mano trémula, la llevó mi primo á sus labios con un movimiento involuntario de ternura y de respeto, que me conmovió profundamente. Después de su partida, sentí un vacío, un abandono, que estaba lejos de preveer. Mi aislamiento volvía á empezar; porque se está á veces aislado moralmente sin hallarse en la soledad; y en los malos dias, este aislamiento es horrible.

Una semana se pasó sin que supiésemos nada de Jorge, ni del príncipe. Una tarde, al fin, se oyó un ruido de caballos; mi corazón latió con violencia: era una sentencia de vida ó muerte lo que yo iba á saber.

—Ahí está Jorge! Ahí está Jorge! gritaron alegremente corriendo á su encuentro.

Esta vez, ni aun fuerzas tuve para levantarme, temiendo apresurar un solo instante la fatal desgracia que tal vez me esperaba. Mi primo entró precipitadamente, buscándome con los ojos. Su extremada palidez, la turbación de su rostro me digeron bastante. Me estrechó con fuerza la mano, dirigiéndome una mirada de dolor y compasión.

Entonces comprendí, por el violento choque que estremeció todo mi ser, que hasta aquel momento había abrigado aun alguna esperanza. Sin embargo, permanecí tranquila; ya no tenía lágrimas. Esto no era, á pesar de todo, resignación, sino el cansancio que sigue á esos terribles combates en que el alma, rebelándose, rehúsa aceptar los sufrimientos.

Mi abuela tomó el brazo de Jorge para ir al terrado segun costumbre. Se apoyó sin duda demasiado en él, porque el joven no pudo contener un ligero grito de dolor. Por la primera vez vi, en aquella ocasion, á mi tia olvidar su reserva habitual y exclamar:

—Jorge! Estais herido en el brazo! Os habeis batido? Ya lo habia adivinado en esa palidez!

—No es nada, absolutamente nada! dijo Jorge con tono imperioso. Un arañazo, una caída. Os suplico que no se hable mas de esta miseria.

Ya no podia dudarle; habia arriesgado su vida por mí, y yo, en medio del mas profundo egoismo, no habia previsto semejante peligro!

Al dia siguiente, por la mañana, encontré á Jorge solo en el salon; era la hora en que todas las demás personas del castillo se hallaban en sus habitaciones.

—Primo mio, le dije, no vengo á daros las gracias; un reconocimiento como el mio, no se puede expresar con palabras. Habeis sido mi hermano, mi amigo, mi salvador!

Mi voz se alteraba; no pude acabar.

—Tengo que cumplir una mision bien cruel, Albina, me respondió Jorge, cuando me vió mas tranquila; porque durante algunos momentos no se oyó mas que el ruido de mis sollozos. Cuando podais escucharme, os daré las explicaciones que teneis derecho á exigirme. Ordenad, pues, disponed de mí...

—Decidlo todo, en este mismo instante! respondí. Mañana, quiero que un eterno silencio cubra ese infeliz pasado. Después... tengo un favor que pediros todavía... el último. Dignaos servir de intermediario con mi abuela y mi tia; decidles lo que sabeis; pedidles que jamás dirijan alusion alguna á mis penas, que jamás intenten consolarme...

Con todas las consideraciones que una exquisita delicadeza puede dictar, Jorge me enteró de los detalles de la ruptura. ¡Ay de mí! cediendo á mis deseos, mi pobre abuela no habia atendido á otra cosa que á mi curación. Se habia confiado, con sobrada ligereza, en los testimonios de algunas mugeres frívolas, como la señora de Larcy, que deslumbradas por las ventajas exteriores del príncipe, y encontrándole en todos los salones, no pensaron en que su carácter ó su posicion pudiesen hallarse muy lejos de ser lo que debian. Cuando se trata de un casamiento, pocos amigos tienen la abnegación de mostrarse sinceros. Todo era cierto: Jorge habia visto la prueba de la infamia de Michaëlis, y la opinion

pública confirmaba demasiado el vergonzoso misterio. Pero, lo repito otra vez, todos estos tristes detalles me fueron dados á conocer por Jorge con tales miramientos, que logró dulcificar en parte la amargura que contenian. Habló en voz baja, conteniendo su indignación, sin exasperarse, sin recriminar sobre todo... Cuando hubo concluido, me entregó mi carta. La desgarré y luego dí algunos pasos para salir. Cuando llegué á la puerta, dirigí una mirada atrás, el sentimiento de mi egoismo me confundía. Jorge estaba apoyado en un mueble, grave, silencioso, y siempre pálido y debilitado por su herida. Me acerqué á él, sin que sintiese mis pasos, y colocando mi mano sobre su brazo, le dije con voz trémula:

—Perdonadme, Jorge! ¡Sufro tanto que merezco alguna compasión!

—Al precio de mi vida, me respondió, hubiera querido proporcionaros la felicidad! Os comprendo y os compadezco con toda mi alma.

Que Dios os preserve, Blanca, mi querida niña, de conocer jamás lo que yo he sufrido entonces! ¡Despreciar lo que se ha amado, ver por el polvo todas las alegrías y las esperanzas de la juventud, es muy terrible, sí, muy terrible! De esta lucha atroz, queda el corazón despedazado, el rostro marchito, pero la resignación trae el remedio. Nada de tierno sobrevive al desprecio. Esperanza, confianza, recuerdos, todo se hunde á un tiempo. Es el incendio que consume el palacio de los sueños para no dejar mas que cenizas y ruinas...

Mi abuela y mi tia vinieron junto á mí aquella noche. Mi abuela lloraba. ¡Oh! ¡cuántos remordimientos me causaron sus lágrimas! ¡Yo que no debiera causarles mas que satisfacciones y consuelos!

—¿Porqué no has tenido confianza en tu familia, Albina? me dijo mi tia. ¡Hubiera sido mas natural y hasta mas conveniente que te dirigieses á nosotros y no á Jorge!

—Ah! respondí, soy muy culpable, ya lo sé. Mi falta mas grave, la que jamás me perdonareis, es la de haber expuesto así la vida de vuestro hijo!

—Su herida es demasiado ligera para inspirar inquietud, replicó la señora de Braizieux con su tranquilidad acostumbrada. Además no ha hecho mas que su deber. No teneis un hermano y él es aquí el único representante de vuestra familia.

Mi abuela me prodigó mil cuidados; mi tia permaneció inalterable, sin demostrarme ni resentimiento ni desprecio. Esta indulgencia me conmovió profundamente, porque, haciendo por la primera vez un sincero examen de mi conciencia sobre este particular, reconocí cuán imprudente habia sido en exponer el reposo de los demás al mismo tiempo que el mio. Consentí maquinalmente en volver á adoptar mis antiguos hábitos de vida. Fuí como antes al salon, y si bien es cierto que una desconsoladora tristeza me acompañaba siempre, no por eso demostré en el pequeño círculo de familia, malevolencia ni orgullo.

No me concedais mérito alguno, Blanca, por esta repentina humildad. Mi convalecencia moral fué objeto de tanta solicitud que, conmovida del mas vivo reconocimiento, creí un deber mio ocultar mis sufrimientos á aquellas personas que á porfía deseaban aliviarlos.

Mi pobre abuela, á pesar de su edad, hacia constantes esfuerzos para distraerme; no obstante, algunas veces una palabra pronunciada aturdidamente en su conversacion venia á desgarrar mis heridas recordándome algun suceso pasado. Mi tia, sin perder nada de su imperturbabilidad, me dispensaba las mayores consideraciones y me rodeaba de todas las precauciones posibles. Sin embargo, yo sentía á su lado un malestar imposible de vencer. Mi prima, buena y alegre, hacia inútiles esfuerzos también para divertirme... ¡Ay de mí! ¡mi juventud habia concluido ya!

Pero, de Jorge es de quien deseo hablaros sobre todo, de Jorge á quien solo entonces llegué á conocer. Me trató con un respeto afectuoso, con una delicadeza de que pocos hombres son capaces. Si alguna alusion imprudente cubria de rubor mis mejillas, él sabia alejarla en seguida y sin parecer que pretendiese distraerme de mis tristes pensamientos, casi siempre concluía por hacerlo así. En mi convalecencia moral, Jorge era uno de esos guardianes preferidos que velando á la cabecera de un enfermo, consiguen, sin llamar la atención como los demás, hacer que los breves vagos parezcan menos amargos.

(Se continuará.)

REMIGIO CAULA.

MI ANILLO.

MADRIGAL.

Ayer, cuando Lucila suspiraba,
Creyendo en mis enojos,
Una lágrima dióme que brotaba
De las azules niñas de sus ojos.

Y esa lágrima pura,
Mas clara que las gotas del rocío,
Se endureció al calor de mi ternura,
Guardada en un rincón del seno mio.

Niña, ¿tú quieres verla?
¡Está en mi dedo, convertida en perla!

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

LA HOJA SECA.

¿A dónde vas, pobre hoja,
Qué entre el polvo te pierdes?
¿A dónde, presurosa, vas volando,
Que te quejas así con voz doliente?

Ayer, adorno fuiste
De bella rosa, alegre,
Que ya marchita inclina su corola
Al viento que las flores extremece.

Ayer tus puras tintas
Pintaba el sol naciente;
Mil perlas sobre tí vertió el rocío;
Aromas mil te dió la brisa leve.

Pétalo ayer brillante
Y hoy del viento juguete,
Seguirte triste quiero con mis ojos,
Y entre nubes de polvo desapareces.

Así las esperanzas
Que mi corazón pierde,
Eran de rosa ayer ¡color de vida!
Pero hoy, ya negras, son ¡color de muerte!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Explicacion del figurin iluminado.

Reproducimos á continuacion la explicacion del figurin iluminado que no pudo salir en el número anterior por las causas que expresamos:

TRAGE DE PAÑO DE SEDA NEGRO, enteramente cortado á nesgas y hecho en forma de funda. El borde inferior va guarnecido con un volante plegado de 12 centímetros de ancho: sus mangas, muy anchas y abiertas, están forradas de tafetan blanco; por debajo, mangas estrechas de pano de seda negro. Un fleco de felpilla y cuentas negras figura una berta cuadrada sobre el corpiño montante, forma una punta sobre la enagua, y guarnece todo el contorno de ella. Sombrero de tul negro con claveles encarnados.

ZAGALEJO DE TARLATAN ESCOCES AZUL Y BLANCO, á puntas por su borde inferior. — Trage corto de popelina azul, recogido por ámbos lados con escarapelas azules de terciopelo. Paletot de cachemira negra, con greca hecha de cuentas negras. — Sombrero de tafetan y terciopelo azul.

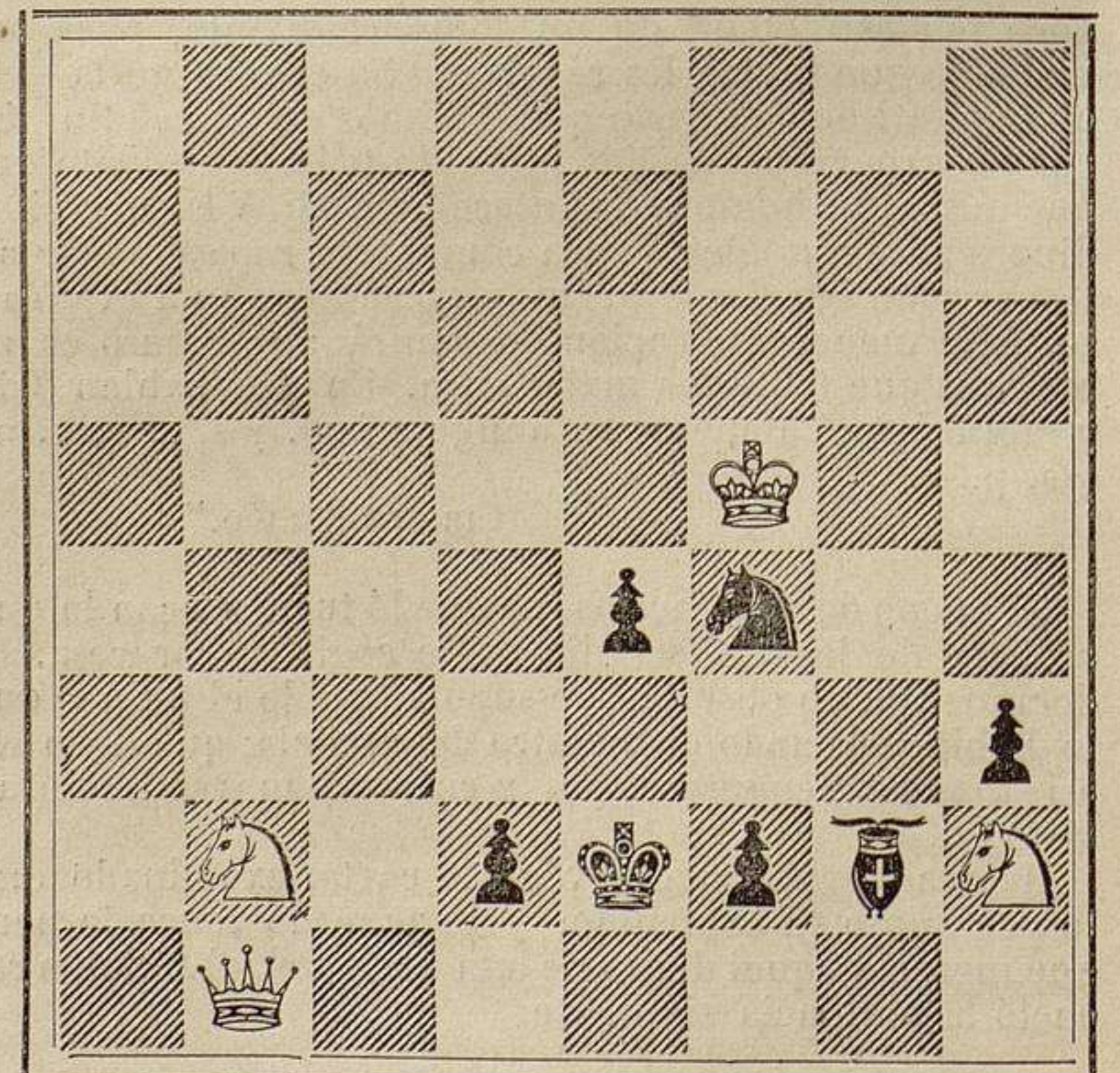
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 82.

- | | |
|-------------------------------|----------------|
| <i>Blancas.</i> | <i>Negras.</i> |
| 1.ª T. 8.ª T.R.ª | R. 7.ª A.R. |
| 2.ª R.ª 7.ª T.R.ª jaque-mate. | |
| <i>Variantes.</i> | |
| 1.ª | R. toma C. |
| 2.ª R.ª mate. | |
| 1.ª | P. pide R.ª |
| 2.ª R.ª mate. | |

PROBLEMA N.º 83, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 2 jugadas.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.